

BOISILIBROS
EASA

TERROR

PLENILUNIO SANGRIENTO

César
Torre



TERROR



© CESAR TORRE 1976

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00382-0

Depósito legal: M. 26.776 - 1976

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

PLENILUNIO SANGRIENTO

**César
Torre**



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

«capítulo 1»

E

Un pequeño aviso colocado junto a la puerta del local, la Sala de Actos del Centro Cívico de la ciudad, anunciaba: «Esta noche, actuación extraordinaria de Melvin Carlisle en el monólogo del que es autor, titulado “Aullidos en la Noche”. ¿Existen los hombres-lobo? Ayudante, señorita Carlisle. Se ruega a las personas impresionables no acudan a la representación».

Debía haber muchas personas impresionables en la comunidad de Indian Rouge, porque la sala, no muy grande, se mostraba tan solo ocupada en la mitad de su cabida, cuando Melvin Carlisle, viejo actor de repertorio shakesperiano, levantaba un poco la cortina para comprobar la entrada.

Hizo un gesto de desagrado. Estaba muy maquillado, pero aun así, pese a sus intentos de parecer más joven y atractivo, del fino bigote a lo Clark Gable, no muy bien pegado, se notaba su rostro demacrado.

—¡Bah! ¡Palurdos! Ellos se lo pierden. Y sin embargo, esta cochina ciudad es uno de los sitios donde mejor deberían apreciar mi número, las leyendas sobre los hombres lobos han quitado el sueño durante siglos a todos sus habitantes.

Se dirigía, sin volver la cabeza, a una joven que disponía algunos objetos sobre una mesa cubierta con un paño negro que vestía un traje largo que resaltaba su preciosa figura. Era la hija del viejo actor y la única persona capaz de soportarle.

—Deberías preparar otro número, algo clásico como antes, cuando recitabas...

—Cuando nos moríamos de hambre con sonetos y baladas. No es que ahora comamos mucho más, pero no hay duda de que consigo impresionar al público con mi actuación. Al público que acude... ¿Todo preparado, niña?

—Cuando quieras.

Carlisle se retiró de la cortina e hizo una seña a un hombre que esperaba a un lado del pequeño estrado. Se apagaron las luces de la sala, la joven desapareció y Carlisle quedó solo en el centro, bajo el foco, esperando.

Al descorrerse la cortina el actor se transfiguró, pareciendo adquirir mayor prestancia. Sonreía con suficiencia. Hizo una larga pausa, seguro de su encanto. Cuando los espectadores ya carraspeaban, impacientes, comenzó su actuación.

Derrochando personalidad, Melvin Carlisle inició una historia de las supersticiones sobre los hombres-lobo, refiriéndose primero a la versión científica que la considera una simple obsesión maniática del individuo que cree padecer el fenómeno. Luego contó algunos casos con ligereza. El público no se interesaba mucho, pero Carlisle, que llevaba unos años explotando aquel monólogo, sabía cómo ir acrecentando el interés. Iría poco a poco dramatizando.

Intercaló una parte dedicada precisamente a aquella zona de pantanos, de comarcas desérticas, de viejas tradiciones.

—Indian Rouge es un hombre importante en la historia de la licantrópia. Todos ustedes lo saben, todos han oído las historias de los hombres-lobos de los pantanos, los desdichados contagiados que en las noches de luna llena aullaban entre los marjales, y se atrevían a llegar a los caminos para desgarrar el cuello de algún infeliz. ¿Verdad que están recordando viejas leyendas contadas por sus padres? Sí, estamos en una tierra de hombres-lobos, muchos creerán que se trata de fantasías que nunca tuvieron carácter real. Otros que quizá existieron, pero en tiempos pasados, que la civilización terminó con tales monstruos, que la ciencia no los acepta. Muy pocos quieren admitir que quizá hoy mismo, en los oscuros pantanos, en estos mismos momentos, alguna criatura marcada por el destino se debate entre sufrimientos tratando de resistir sus instintos, luchando para no caer en la bestialidad. ¡Esta noche, en que precisamente hay plenilunio! ¿Ninguno de ustedes oye lejanos aullidos?

Los espectadores habían dejado de carraspear. Carlisle, con un tono de voz dramático, casi declamatorio, había ganado su interés con completo. El silencio era intenso. El viejo actor lanzó una mirada orgullosa a su hija, que esperaba en el lateral, y continuó con el texto preparado. Narraba historias concretas de los Balkanes, de las colinas del Norte de Inglaterra, de los Abruzzos italianos. Las contaba muy bien, se exaltaba, imitaba acentos,

rugía.

El sudor empezaba a cubrir su rostro. Inclinado, agitada la cabellera, miraba al público intensamente, aumentaba poco a poco el tono de su actuación.

Su hija se impacientaba. Conocía bien la fuerza de que se nutría su padre para tales alardes. Alcohol. Había bebido una buena dosis de *whisky* de maíz antes de salir a escena, como siempre.

—Cualquier día el corazón le fallará —pensaba la joven.

Estiró su ropa. Había llegado el momento cumbre de su pequeña actuación. Silenciosamente penetró en el estrado, quedando fuera del foco y se puso tras de la mesita, aguardando. Su padre gritaba ahora las últimas frases del largo, recitado. Estaba representando a un hombre que se convertía en lobo, a un hombre que de pronto sufría tremendas convulsiones, que trataba de resistir a la metamorfosis, que se debatía luchando con una fuerza misteriosa, que pedía ayuda angustiosamente.

Ahora la tensión en la sala era enorme. Algunos incluso se habían incorporado un poco, iniciando la retirada. Pero permanecían aferrados a los brazos del asiento.

Al fin Carlisle se dobló, gimiendo de un modo casi inhumano, y se volvió de espaldas a la sala, apoyándose en la mesa. Era el momento final. Rápidamente, en unos segundos tan solo, porque todos los movimientos estaban muy ensayados, su hija le tendió algunos de los postizos que estaban sobre la mesa, las manos de la joven apenas se distinguían en la oscuridad.

Los espectadores aguardaban, mientras se oían los gemidos ininterrumpidos del actor, que continuaba estremeciéndose. Luego lanzando un grito verdaderamente horrible, retrocedió, caminando de espaldas hacia el borde del estrado, tambaleándose, inclinándose más.

Sus espaldas temblaban con violencia, las manos tocaban el suelo, parecía realmente un animal con ropas humanas. Gritó de nuevo volviéndose, con un salto violento.

El foco había caído sobre él, sobre su rostro. En el público se produjo un colectivo alarido de terror.

El rostro de Carlisle se había transformado, gracias en parte al rápido maquillaje aplicado por su hija, gracias también a su arte de actor que componía muy bien el gesto. Era el rostro horrible de un ser animalesco, cubierto de oscuro pelo, áspero, de frente abombada, boca abierta, babeante, mostrando dientes separados y agudos.

Miraba al público amenazadoramente, balanceándose a un lado y a otro. Hizo un movimiento como para saltar a la sala, sin dejar de emitir un aullido ronco.

Aquello provocó la salida precipitada de los más nerviosos. Coincidió

con la rápida carrera de la cortina, que hizo desaparecer al actor.

Hubo un silencio. Luego gritos y muchos aplausos, enormes aplausos.

La cortina se descorrió y apareció Carlisle, muy erguido. De un manotazo se quitó parte del disfraz, sonriendo feliz. Jadeaba por el esfuerzo.

Los aplausos se mezclaban ahora con risas nerviosas. Pasado el pánico todos se sentían felices. Dos veces tuvo que descorrerse la cortina para que el actor saludara, al fin se encendieron las luces de la sala y Carlisle dejó de sonreír, poniendo un gesto de cansancio y de dolor.

Su hija se acercó a él.

—Te vas a matar. Esto es una tontería...

El jadeaba.

—Sí, pero otra vez he conseguido impresionarlos. Muchos de ellos no van a dormir esta noche, algunos estarán convencidos de que soy un auténtico hombre-lobo. No olvides que hay plenilunio, en noches como esta los licántropos se transforman...

Miraba a su hija fijamente. Ella volvió la cara.

—No me gustan tus bromas. Ni me gusta este número. Acabará contigo. Incluso...

—¿Qué?

—No sé... no deberías hacerlo. Tengo miedo. No sé de qué pero tengo miedo...

—¿Acaso temes que los auténticos licántropos se venguen de mi convirtiéndome en verdad en un lobo? —rio Carlisle—. Ya veo que también a ti te impresionó. Vamos, niña, vete al hotel. Yo necesito tomar un poco el aire, beber algo...

—Vente conmigo.

Carlisle casi gritó:

—¡No me des órdenes! ¡Te digo que necesito salir! —rio, bromeando—. Después de todo, hay luna llena. Debo salir... ¿no lo comprendes?

* * *

Se frotó el rostro con un trozo de esponja, humedecida en una crema limpiadora. Luego se puso su largo abrigo negro y salió del local, por la puertecita del estrado.

La joven le siguió hasta la puerta y vio cómo se alejaba por una acera bordeada de setos. Pasó bajo un farol, y después desapareció en la oscuridad.

En alguna parte aullaba un perro. Era algo completamente normal, pero la joven se estremeció, murmurando:

—No debería... pero... ¿de qué tengo miedo, precisamente esta noche?

¿De qué?

«capítulo 2»

E

N la pantalla de la televisión, un jovencísimo Gary Cooper miraba cándidamente a una dama rubia, en una vieja película que transcurría en elegantes hoteles europeos. Muchos violines.

Los destellos de la televisión iluminaban a intervalos la salita, repleta de objetos personales, de horribles cerámicas y de tapetitos muy femeninos. Era la sala de una solterona que solo conservaba recuerdos, la mayor parte falsos, de su pasada juventud.

La dueña y única habitante de la casa, Linda Hanson, cuidadosamente peinada y arreglada, aunque no esperase visita alguna, y que vivía haciendo milagros con una escasa pensión, salió de la cocina, sonriendo como si le esperase alguien. Lanzó una mirada distraída a la pantalla, y murmuró:

—¡Qué hombre este Gary! ¡No se podía ser más guapo!

Traía en la mano un recipiente con comida, que puso en el suelo, llamando:

—¡«Moisés»! ¡Ven a comer! ¡«Moisés», ven a buscar tu comidita!

Se sentó en la butaca, frente a la televisión, para admirar al guapísimo Gary. Pero había un reflejo molesto en la pantalla, producido por la luz que penetraba por una ventana. Se alzó, para correr la cortina.

—¡Que luna esta noche! ¡Es maravillosa!

A lo lejos aullaba un perro. La señorita Hanson se estremeció: amaba a los perros pero odiaba sus aullidos.

—¡«Moisés»! ¡Ven a comer!

Cuando se sentaba de nuevo, apareció Moisés, un gran perro pastor

belga. Se detuvo en la puerta, sin entrar. La señorita Hanson lo llamó de nuevo.

—No seas pesado, «Moisés». ¿Es que no tienes hambre?

El perro empezó a gruñir y la señorita Hanson le miró, extrañada.

—¡Bonito! ¿Te está molestando ese perro vulgar que aulla? No hagas caso, ven con tu amita...

El perro se acercó, con desgana. Se detuvo a un par de metros volviendo a gruñir. La señorita Hanson creyó comprender.

—Te molesta la televisión. ¡Granuja! Si saliera una linda perrita seguramente te interesaría más ¡Vamos, la apagaré!

Se puso en pie, apagando el aparato. No había encendido luz alguna y la sala quedó en la más completa oscuridad. La señorita Hanson se dirigió hacia una de las lámparas de sobremesa, podía moverse en la oscuridad por su sala sin tropezar en ningún sitio. Cuando alargaba una mano para tirar del resorte de la lámpara, el perro lanzó un aullido agudo.

La señorita se volvió, enfadada. En la oscuridad vio los ojos del perro, brillando enrojecidos. Jamás los había contemplado de aquella forma. Gritó:

—¡«Moisés»! ¿Qué te sucede? ¡Voy a tener que castigarte!

El perro rugió, sordamente, acercándose. Era una gran sombra con dos ascuas encendidas en los ojos. Una sombra amenazadora y la pobre señorita Hanson retrocedió, derribando la mesita y la lámpara.

El ruido producido por la caída del mueble pareció enloquecer al perro. Súbitamente saltó, cayendo sobre la mujer, que se desplomó de espaldas.

—¡«Moisés»! ¡Soy tu ama! ¡No, apártate...! ¡No...!

El perro acababa de hundir sus colmillos en el cuello de la mujer. Profundamente, desgarrando los tejidos. Un chorro de sangre brotó en la herida, también inundó la boca de la mujer.

Quiso volver a gritar, pero no tenía voz. Cuando el perro soltó la presa, la mujer pudo incorporarse, aturdida por el terror, logrando incluso correr hasta la puerta, con las piernas temblorosas, inseguras.

Se detuvo, volviendo la cabeza. Estaba mareándose, la sangre, caliente, empapaba su ropa. Vio al perro que ahora, silenciosamente saltaba sobre la butaca, vio solo su sombra, y aquellos ojos encendidos, diabólicos.

La mujer alzó las manos instintivamente, recostándose en el marco de la puerta. Allí fue alcanzada por la nueva acometida; los colmillos rasgaron el cuello con la misma limpieza que lo habría hecho el cuchillo de un verdugo degollador, mientras la garras sujetaban el cuerpo.

Esta vez la sangre, en varios impulsos, abandonó el cuerpo con gran fuerza, mientras la cabeza de la mujer se ladeaba sobre un hombro y el cuerpo se desplomaba.

El perro, gruñendo, continuaba ahora desgarrando, con secos tirones de

los colmillos, convertido en una auténtica fiera.

El cuerpo de la mujer aún se estremecía, sus manos iban crispándose, hasta quedar quietas. Y el perro con las garras sobre el pecho de su ama, seguía destrozándola.

De pronto se detuvo, ensangrentadas las fauces y alzó la terrible cabeza, como escuchando. Fuera de la casa se oía un leve ruido, eran pasos cautelosos sobre la grava, luego una respiración jadeante.

Una de las ventanas fue alzada lentamente desde el exterior. Ahora el sonido de la respiración era más intenso.

La cortina se separó, penetrando en la sala un rayo de luna que iluminó un espantoso charco de sangre que se extendía lentamente por el suelo. Había también sangre en las paredes.

Una sombra se mostró por unos instantes, luego la cortina volvía a caer, pero el jadeo continuaba oyéndose. El perro se había apartado de su víctima, lentamente. Con movimientos casi felinos el gran animal se dirigió a la ventana y silenciosamente saltó por ella, desapareciendo.

Se alejaron los pasos lentos, el jadeo fue extinguiéndose y en la sala oscura solo se oyó durante algún tiempo el gotear de la sangre que aún brotaba, ya lentamente del cuello destrozado de la mujer.

Después alguien corrió por el pequeño jardín y un timbre eléctrico muy agudo empezó a escandalizar en la pequeña vivienda, mientras la voz excitada de un hombre llamaba:

—¡Señorita Hanson! ¿Le sucede algo? ¡Violeta dice que ha oído un grito! ¡Señorita Hanson! ¿Se encuentra usted bien?

* * *

El Hotel era como todos los que acogían a los Carlisle: modesto, más bien miserable. Tenía el olor de todos aquellos hoteles y también su triste luz. Jane Carlisle estaba habituada a aquellas habitaciones que parecían hechas para acoger el suicidio de algún desesperado.

También estaba habituada a esperar, a dejar pasar las horas pensando dónde estaría su padre. Si tirado en alguna calleja, sobre el lodo, o dormido sobre la mesa de madera de algún tugurio. O quizá gastándose hasta el último centavo ganado en la representación invitando a otros infelices como él, haciendo el papel de gran señor.

Jane Carlisle, que en realidad no se llamaba Carlisle, puesto que se trataba del nombre de guerra de su padre, tomado de un dramón Victoriano, estaba aquella noche de espera. Tumbada en un viejo diván, repasaba una y otra vez una revista y escuchaba los ruidos de la calle.

Al fin pudo oír lo que esperaba: unos pasos indecisos, una voz ronca que canturreaba. Se levantó, abriendo la puerta del cuarto.

Melvin Carlisle, precedido de un terrible olor a alcohol, penetró en el cuarto. Hizo un guiño amistoso a su hija y se fue derecho al diván, tirándose sobre él.

Jane no le dijo nada. Era inútil. Estaba sacrificando su vida por aquel viejo egoísta, farsante, que ni siquiera parecía darse cuenta de ello. Suspirando con resignación, se dispuso a quitarle los zapatos y buscar una manta para taparle, para después irse a su cuarto.

—Ha... sucedido algo —masculló el actor—. Había unos grupos por ahí, creo que un accidente, están... agitados...

—No son horas para estar en la calle. Serán unos golfos como tú.

Melvin ya no contestó. Se había quedado dormido. Jane buscó en sus bolsillos, encontrando unos billetes arrugados.

—Menos mal que podremos pagar el hotel —dijo.

Porque también estaba acostumbrada a huir de los hoteles saltando por la escalera de incendios.

Puso el dinero sobre la cómoda. Ya iba a apagar la luz y dejar a su padre, cuando escuchó un grito en la calle y luego una voz que decía:

—¡Ha sido él, ese individuo que está en el Hotel, él mató a la señorita Hanson, yo le vi como se transformaba en un lobo! ¡No era una comedia, maldita sea! ¡Es un hombre-lobo!

—¡Diablo, el médico dice que ha sido degollada por una fiera! ¿Dónde está el comisario?

—¡Bah! ¡No necesitamos al Comisario! ¡Vamos a buscar a ese hombre, que hable! ¡Es verdad! A mí no me dio el gran susto anoche, iba a saltar del escenario, era auténtico. ¡Seguro que no ha estado en su habitación!

Hubo un coro de amenazas, de opiniones. Hasta que otra voz aclaró:

—¡Yo le vi después de la función, y me asustó, caminaba de un modo extraño, entre las sombras!

Jane se había acercado a la ventana y miraba a la calle. Vio a los hombres, cerca de un farol. Algunos tenían en las manos lo que podían ser palos y seguramente eran carabinas.

—¡Se refieren a mí padre! ¡Van a venir a buscarle!

Solo el miedo parecía contener a los hombres. Pero alguien trajo una damajuana con aguardiente y empezaron a pasársela de unos a otros. Jane Carlisle retrocedió, horrorizada.

—¡Van a matarle! ¡Están bebidos! ¡Creen que ha matado a alguien!

Miró a su padre. A veces ella también tenía miedo. ¿Por qué se obstinaba en representar solo aquel papel? ¿Por qué se apoderaba de él aquella extraña pasión cuando se transformaba en un hombre-lobo?

De pronto el cristal de una de las ventanas del cuarto saltó en pedazos y el ruido coincidió con una detonación. La joven, asustada, vio cómo el espejo que estaba sobre la cómoda se desmenuzaba.

El actor se incorporó, preguntando:

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

Jane le alzó, con energías que no había empleado nunca.

—¡Date prisa! ¡No sé dónde has estado, pero vienen a matarte! ¡Están disparando! ¡Date prisa!

El actor se despejó bastante, pero aún estaba aturdido.

—¿Matarme? ¿Qué dices? ¡Espera, no puedo dejar mi caja de maquillaje, espera!

Jane le empujaba hacia la puerta, que abrió con violencia. Otro empujón lanzaba al hombre al pasillo.

Abajo el encargado del hotel estaba gritando. Jane, desesperada, comprendió que si salían por la puerta principal los atacantes caerían sobre ellos.

Miró al fondo del pasillo. En todos aquellos hoteles las ventanas del pasillo daban a la escalera de incendios, lo disponían las ordenanzas. Llevó allí a su padre. El actor ahora se dejaba conducir.

Levantando la ventana Jane ayudó a su padre a saltar a la pasarela metálica. Luego salió ella y procurando no mover la pasarela para que no hiciera ruido, llegaron hasta la escalera.

No bajaron el último tramo, la experiencia de Jane le permitía saber que descendían con un gran ruido. Así que, sujetando a su padre cómo pudo, le dejó caer de pie. El actor rodó por el suelo.

Jane saltó tras de él, ayudándole a levantarse. El hombre gemía y estaba muy asustado, aunque no comprendiera lo que sucedía.

La joven le obligó a correr hacia la oscuridad. Cuando estaban ya cerca de una fila de árboles. Melvin Carlisle se volvió, gritando con furia.

—¡Gentuza! ¡Devolvedme mi equipo! ¡Canallas!

Había gritado con voz impostada, como cuando en los escenarios quería llegar al último piso. Inmediatamente contestaron otra voces y una sombra apareció. Jane vio cómo alzaba los brazos, tuvo una intuición y apartó a su padre, cuando se producía una llamarada, un silbido y luego una detonación.

Melvin fue empujado, golpeándose con un árbol. Gimió, encogiéndose.

—¡Oh, te han herido! —dijo la joven, llorando.

Melvin agitaba la cabeza, el dolor terminó con las nubes del alcohol. No ofreció resistencia cuando Jane le llevó entre los árboles. Corrían muy deprisa y tras de ellos los hombres de Indian Rouge estaban reuniéndose e iniciaban la persecución.

Pero se detuvieron al enfrentarse con la negra cortina de vegetación que rodeaba la ciudad. Todos ellos tenían miedo y algunos empezaron a decir que aquel era trabajo para el Comisario, que para eso cobraba.

De modo que después de unos tímidos intentos de buscar en las

primeras malezas, de llegar hasta las charcas más cercanas, los hombres fueron retrocediendo y al fin abandonaron la persecución del hombre-lobo.

«Capítulo 3»

D

e día, Indian Rouge era realmente un lugar agradable, al menos en apariencia. Sobre todo cuando brillaba el sol. En la gran plaza ajardinada, ante el Centro Cívico, lugar de reunión, había mucha gente mirando hoscamente hacia el edificio médico, donde se encontraba el cadáver de la señorita Hanson.

Un vehículo llegó a la plaza, frenando con violencia. Era un todoterreno de plataforma cubierto de polvo. Un hombre alto, con ropas de campo, descendió de él, cerrando la portezuela de golpe.

Se acercó al grupo más numeroso de curiosos. Ellos le miraron con recelo.

—¡Hola! ¡De modo que otra víctima!... ¿Quién está con ella?

—El comisario y los médicos.

—Quisiera verla.

—Olvidalo. No es un espectáculo. Ese monstruo le ha desgarrado el cuello, algo espantoso.

El hombre alto rio desagradablemente.

—¿Monstruos? Ya lo he oído por ahí, un hombre-lobo... Anoche había luna llena. ¡Sois una partida de imbéciles! ¡A esa mujer la ha matado un perro! Uno de esos malditos perros asesinos que todos vosotros tenéis en casa.

Los componentes del grupo le miraron sin inmutarse. Porque conocían muy bien la manía de aquel hombre, llamado Allan Kim. Una manía que disculpaban y justificaban.

Kim era un granjero de los alrededores, dedicado a la floricultura, con una historia lamentable. Viudo con un pequeño hijo, al que adoraba, y muy aficionado a los perros, el año anterior, habiendo dejado a su niño en un plantío de duraznos, mientras él llevaba una carga al almacén, su propio perro atacó a la criatura, causándole la muerte.

Decían que el niño torturaba al animal con frecuencia, pero aquello no podía consolar a Kim, que enloqueció de dolor durante unos días. Después de matar a su perro, estuvo recorriendo las granjas de los alrededores abatiendo a balazos cuantos perros encontraba.

Tuvieron que encerrarle por un tiempo, hasta que se calmó. Pero a partir de aquel momento, si bien Kim dejó de disparar sobre los perros, inició una campaña apasionada contra aquellos animales, escribiendo cartas a los periódicos, elevando peticiones a las autoridades, siempre manifestando el peligro que constituían los perros, pidiendo que fuesen eliminados.

Todos comprendan el motivo de su persecución y lo respetaban, pero habían decidido no hacerle el menor caso. Tampoco le escucharon en esta ocasión y Allan Kim, después de vociferar muchas amenazas, volvió a su vehículo, entrando en él, con gesto airado.

Antes de arrancar buscó debajo del asiento, sacando una carabina italiana que había comprado por correo, dotada incluso de punto de mira telescópico. La dejó en el asiento, junto a él, y después puso el coche en marcha.

* * *

Kim no volvía a su casa. Realmente tomó la dirección opuesta. Conducía de un modo alocado, acelerando y frenando de cualquier manera.

Su gesto era duro. Nervioso. Murmuraba de vez en cuando.

—¡Acabarán con la humanidad, los metemos en casa y los alimentamos, y son nuestros enemigos, son fieras salvajes, es preciso aniquilarlos antes de que inicien el ataque final! ¡Es preciso terminar con todos ellos!

La mirada se le volvía turbia. Pensaba en su niño, en como lo había encontrado al pie de un durazno, destrozado a dentelladas. También pensaba en la soledad que le esperaba para el resto de su vida.

Entrando por un camino de tierra, fue descendiendo hacia uno de los canales que desecaban algunos pantanos. Junto al canal se alzaban varios edificios blancos, unos cercados de fuerte tela metálica, pequeñas barracas...

Detuvo el coche. Tomando la carabina saltó al suelo y caminó con decisión hacia los edificios. Había un rótulo pequeño que decía: «Perreras

Grosvenor. Especialidad en Gran Danés. Guardería, clínica canina, estancias prolongadas».

Kim se desvió, dirigiéndose a uno de los cercados. Su gesto era decidido. No parecía importarle en absoluto ser visto.

Cuando llegó al cercado, alzó su arma. Varios perros le miraban con curiosidad desde el pequeño patio, todos ellos ejemplares de «gran danés», muy bien cuidados. Kim apuntó a uno de ellos con su arma, apoyando el cañón en el ángulo del enrejado, para ayudarse.

Tenía la cabeza del perro ante el punto de mira y apretó el gatillo.

Pero aun así falló, porque el perro había dado un salto, en el momento en que Kim cerraba los ojos instintivamente para disparar. El animal parecía haber intuido el peligro, porque desapareció velozmente dentro de una de las perreras.

Kim empezó a maldecir. La detonación había sido violenta y todos los perros huyeron, entre ladridos, dejando vacío el corral.

Allan Kim puso otra bala en la recámara del arma, volviéndose para buscar otros blancos. Estaba frenético, tanto que no vio cómo una mujer alta, de pelo blanco, salía de uno de los edificios y se acercaba corriendo.

Tampoco vio a dos jóvenes con ropas vaqueras que la seguían. Él había encontrado más perros, en un corral apartado y disparaba sobre ellos, pero sin éxito. No era un buen tirador.

La señora del pelo blanco llegó a su lado, gritando.

—¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loco?

Kim rugió:

—¡Apártese! ¡Voy a acabar con todos sus perros! ¡No nos hacen falta perros en esta ciudad!

Empujó a la mujer con la culata del arma, con cierta violencia, y ella cayó sobre el cercado. En aquel momento llegaba uno de los jóvenes. El otro era una chica y se parecía tanto al muchacho como correspondía a hermanos gemelos.

El muchacho dijo, con rabia:

—¡Váyase de aquí, Kim, si vuelve usted a empujar a mí madre, me voy a olvidar de lo que le sucedió! ¡Baje ese arma!

Allan Kim le miró coléricamente.

—¡Tú estás invadiendo esta comarca de perros! ¡Maldito seas, eres amigo de estas fieras salvajes y traicioneras que anoche mataron a la señorita Hanson! ¡Acabarán con todos nosotros, se adueñarán del mundo! ¡Pero voy a impedirlo!

Movió el arma en abanico, para buscar a los perros. El joven se la arrebató con tanta violencia que Kim perdió el equilibrio y cayó rodando por el suelo.

Bill Grosvenor estaba muy furioso. Tomando el arma por el cañón la

golpeó contra la base de hormigón armado, del cercado destrozando primero la culata y luego parte del cerrojo.

Allan Kim permaneció unos momentos en el suelo, aturdido pero luego se incorporó, lanzándose sobre el joven con un fuerte alarido. La señora Grosvenor cerró los ojos mientras Andella, la muchacha, empezaba a gritar.

—¡Cuidado, Bill, este hombre está loco!

Bill arrojó al suelo la destrozada carabina, y pudo evitar el primer ataque del furioso granjero. Cuando Kim se revolvía para golpearle con las dos manos, el joven lo detuvo con un puñetazo en la mandíbula, y cuando Kim, resoplando, se detenía, el joven le hundió el puño en el vientre, tirándole de espaldas.

Luego alzó la carabina, amenazando con ella al granjero, que trataba de incorporarse.

—Esta es mi casa, Kim, no me gusta que vengan a ella con armas, que traten de matar a mis perros, y golpeen a mí madre. Lo voy a olvidar todo, no presentaré denuncia contra usted, porque siento mucho lo que sucedió con su hijo, pero no vuelva por aquí, será mejor...

Kim se puso en pie, mirándole con ojos ensangrentados. Murmuró algo y se alejó hacia su vehículo.

Bill Grosvenor le arrojó la destrozada carabina, que cayó ante los pies de Kim. Este la recogió.

«capítulo 4»

A

NDELLA alzó el visillo de la ventana de la sala, y después de mirar hacia el cielo, suspiró, volviéndose hacia su hermano, que trabajaba en unos libros de cuentas.

—También hay mucha luna; Bill...

—¿Qué? Vas a confundirme...

La muchacha se sentó junto a su hermano.

—Pienso en lo que dice la gente. Las leyendas... después de lo que sucedió anoche...

—¿El hombre-lobo que atacó a la señorita Hanson?

—Sí. Ese pobre Kim cree que ha sido un perro. Es lo más sensato, después de todo. En la ciudad dicen que llegó un extraño individuo que contaba historias viejas y que le vieron transformarse en lobo... Fue poco antes de que degollaran a la señorita Hanson... Tú no crees que los perros puedan atacar a su dueño, ¿verdad?

Bill cerró los libros.

—Bueno, a veces un perro enloquece, como una persona. En cuanto a ese infeliz que persiguieron a tiros anoche... confío en que no lo encuentren, que tenga sentido común y no vuelva por aquí. De todos modos no fue prudente excitar a la gente con esa representación.

—Precisamente, momentos antes de que atacasen a la señorita Hanson...

Bill sonrió.

—Vete a la cama, y duérmete soñando con cosas bonitas. Yo voy a

comprobar si todo está cerrado.

La joven le besó, diciendo.

—Ten cuidado, Bill.

Bill Grosvenor guardó los libros en un armario y recogió de sobre la mesa un manojo de llaves. En aquella época del año, apenas tenían perros en custodia, pero los de su criadero, en cambio, le daban más trabajo.

Salió de la casa. En aquel momento, una negra nube velaba la luna. Y al oscurecerse todo, pareció levantarse un viento frío procedente de los pantanos. Al tiempo, de alguna parte, parecía llegar como un sordo e inquietante jadeo. ¿Qué clase de animal andaba por allí?

Bill se estremeció. Por un momento creyó que alguien pasaba tras de él y se volvió con rapidez. No había nadie, pero aun así, continuó crispado, porque notaba como una presencia extraña en su alrededor.

—Deben ser las historias de Andella.

Se fue hacia la perrera grande, donde tenía a los machos de «gran danés» destinados a cruces. Comprobó los cierres. Y volvió a inmovilizarse.

—Este frío... es insólito. ¿Cuándo terminará de pasar esa nube?

El jadeo persistía. Era un ruido extraño, desasosegante.

En aquel momento, varios de los perros salieron al corral y empezaron a aullar. Iban de un lado a otro, se golpeaban contra los cercados. Nunca los había visto Bill tan impacientes.

—¡Quietos! —ordenó—. ¿Qué os pasa? ¡Vais a dañaros!

Los perros aullaban y a veces gruñían. Y ya en otras perreras también los animales se agitaban. En la casa se encendió una luz, en el cuarto de la madre de Bill.

El joven se puso nervioso. Aquel negocio luchaba con muchos inconvenientes, porque nadie quería por vecinos a una gran perrera. Bill debía evitar los ruidos excesivos, los malos olores. Y si de noche todos sus perros se ponían a aullar, alarmarían hasta a los habitantes de la ciudad.

Más nervioso, el joven abrió el cercado, que tenía una doble puerta para evitar fugas de los perros. Pasó al espacio entre las dos, cerró la exterior y abrió la segunda. Los perros se detuvieron en sus carreras, girando hacia él. Ahora gruñían con fuerza y, en un momento dado, sus ojos parecieron encenderse con una luz roja.

Bill Grosvenor les habló suavemente.

—Calma... Es solo una nube. Volved adentro... vamos.

Los perros parecían de piedra. Apenas los veía, solo unas manchas claras, y sus ojos. Los ojos, dotados de un furor que Bill nunca había observado en sus perros.

Ahora los animales habían dejado de gruñir. Todo era silencio. Hasta el misterioso jadeo de tiempo antes había cesado. La nube, al fin, había

permitido lucir a la luna, y sobre el corral pareció caer un foco de teatro. Los perros se destacaron, y entonces Bill pudo ver sus cabezas, su expresión.

Y lo que vio le produjo un momento de terror. ¡Todos los perros, nacidos en sus perreras, le miraban con tal expresión de malignidad y de violencia, de fiereza salvaje, que Bill retrocedió, buscando la puerta con las manos!

Murmuraba palabras sedantes. Cuando ya había aferrado el borde metálico de la puerta interior, uno de los perros saltó hacia él, lentamente, como en una pesadilla. Bill alzó el brazo derecho para protegerse. El perro, con la boca abierta, enseñando los colmillos, con fuego en los ojos, ya caía cuando los otros también se ponían en movimiento.

Muchos colmillos afilados, cubiertos de baba espumosa, terrible, buscaban ahora el cuello de su amo. Bill pudo apartar al primero de los atacantes, que cayó a su lado, en silencio. Los otros se le venían ya encima, y rechazó a algunos a puntapiés. Pero conocía muy bien el vigor y la fuerza de sus perros; la manga de su cazadora fue desgarrada y notó en la carne la quemadura de una herida.

Se sintió dominado por el miedo, inmovilizado. Pero al momento saltaba hacia atrás, a riesgo de quedar atrapado contra el cercado. Había tenido suerte, pasó por el hueco de la puerta interior. Dos perros le seguían, los hizo retroceder a golpes, pero fue alcanzado en una mano por los colmillos de uno de ellos.

Rápidamente logró cerrar la portezuela, quedando a salvo en el hueco, entre las dos puertas. Los silenciosos perros continuaban mostrándole los colmillos, jadeando, enloquecidos los ojos.

Bill sentía la sangre correr entre los dedos de su mano derecha. Respiraba con agitación, sin comprender. Luego sintió un leve ruido fuera del cercado y volviéndose vio dos grandes sombras que se alejaban. Dos sombras muy negra, ágiles.

—¡Lobos...! ¡Eso ha enloquecido a mis perros! ¡Dos lobos o quizás dos perros salvajes!

Los animales desaparecieron, en silencio. Y los «daneses» de Bill retrocedieron en su cercado, parecieron relajarse. Uno a uno fueron metiéndose en la perrera. El más grande permaneció unos momentos ante el enrejado, mirando a Bill con ternura. Bill pasó una mano entre los gruesos alambres, acariciándole la cabeza. El animal abrió la boca mostrando los colmillos ensangrentados. Era precisamente el que había herido la mano de su amo.

El hombre de gruesos brazos y sudada camisa, hundió el triángulo de la tapa de una lata de cerveza, soplando la parte de líquido que había saltado, y bebió el resto, con ansia. Era un hombre exuberante, enorme.

Cuando terminó de beber, arrojó la lata vacía por la ventanilla del camión. Estaba sentado en la cabina de un enorme «tráiler». Su compañero dormitaba en la litera colocada tras de los asientos. Era media noche y habían aparcado el vehículo en un ancho arcén de la carretera, junto a los enormes sauces.

—¡Vaya un modo de dormir que tienes! —gruñó al compañero, más joven, que naturalmente no le oía.

El hombre sudoroso se hundió en el asiento, disponiéndose también a dormir. Apagó la luz de la cabina. Debido a la clase de carga que transportaban no les permitían pasar la noche en ninguna ciudad, tenían que esperar allí hasta que abrieran la factoría donde debían descargar.

—¡Maldito oficio, durmiendo en la carretera, como gitanos! —dijo el hombre.

Al apagar la luz de la cabina, el campo que le rodeaba se hizo más visible. El hombretón miraba distraídamente hacia la maleza y vio moverse algo entre ella. Al tiempo, empezó a escucharse un sonido extraño. Repetida, sordamente. Era como un resuello fuerte y seguido. El hombre se incorporó, con curiosidad. Sí, ahora podía oír también el ruido de las ramas al ser movidas. Podía ser el aire, la luna acababa de velarse y empezaba a notarse viento. El camionero se apoyó en el hueco de la ventanilla y entonces distinguió en la oscuridad dos puntos rojos, muy brillantes. Se movían un poco.

—Una alimaña. Seguramente un zorro.

Sonrió. A veces, un zorro era deslumbrado por las luces del camión cuando cruzaba una carretera. Había cazado algunos, arrollándolos. La piel podía aprovecharse.

Metió una mano en la guantera y alzando unos montones de mapas de carreteras tomó un revolver. Hizo girar el tambor, levantando el gatillo.

Y así armado abrió la portezuela, sin preocuparse de si el ruido podía despertar a su compañero.

Saltó al suelo. Todo ahora era silencio. Los dos puntos rojos continuaban allí, sin moverse apenas. El hombre avanzó hacia ellos, tratando de distinguir entre las sombras.

—Ven, precioso... acércate —decía, mientras sonreía.

Se detuvo al oír el ruido de la maleza. Sin dejar de sonreír alzó el brazo.

—¡Menudo susto le voy a dar a Peter! —pensaba.

Otro movimiento de maleza y los dos puntos rojos se acercaron. El camionero se dispuso a disparar.

—A la cabeza, para no estropear la piel...

De pronto las ramas se apartaron y apareció el animal. No era un zorro, sino un enorme perro, o al menos eso le pareció al camionero. Un perro de gran cabeza y enormes dientes, que mostraba en un gesto de feroz violencia.

El camionero no disparó el arma, porque la sorpresa le dejó quieto. Luego intentó retroceder. No dejaba de mirar a los ojos del animal, como subyugado. No era hombre imaginativo, pero tuvo tiempo de pensar que aquello no era un animal sino algo muy extraño.

—¡Dios...! ¿qué es esto? —gimió—. ¡Peter!

Recordando que tenía un revólver quiso dispararlo, cuando el animal saltaba, después de emitir un gruñido siniestro. El hombre recibió un golpe en el pecho, sintiendo en el rostro un soplo de aliento muy cálido. Vio ante sus ojos las mandíbulas cubiertas de espuma y luego recibió otro golpe en el cuello.

El pánico le atenazó. Su mano derecha, crispada sobre el revólver, no le obedecía. Algo ardiente estaba corriendo por su cuello. ¡Sangre!

Dobló las piernas, mareándose. Ahora estaba cayendo, con un gran peso sobre el pecho, sentía con toda claridad cómo de nuevo los colmillos se hundían en su cuello, podía advertir, su avance, el leve ruido de los tejidos al ser desgarrados. Luego, un golpe de líquido caliente saliendo a borbotones. No tenía dolor, solo una pesadez que se iba apoderando de él. Casi de un modo plácido.

Entonces disparó el arma, porque su mano se movió espasmódicamente. No oyó el disparo. Ya estaba en el suelo, estremeciéndose, mientras la sangre escapaba con terrible fuerza por la enorme herida del cuello.

En la cabina, Peter, el dormilón, se incorporó un poco, mascullando.

—¿Es que no voy a poder dormir tranquilo, tú?

No le contestaba nadie. Se encogió de hombros. Creía que su compañero era hombre algo excéntrico, estaba acostumbrado a sus rarezas y él solo quería dormir hasta el momento de reemprender el viaje.

Por ello se dispuso a echarse de nuevo, gruñendo.

—Esta cabina apesta... Y ahora... ¿a qué diablos huele ahora?

Era un olor dulzón que tuvo la virtud de despertar del todo a Peter. Había transportado muchas veces reses y penetrado en los mataderos de Chicago. Por eso murmuró, recordando:

—Huele a matadero... es decir... huele a sangre...

Le vino al cerebro una llamada de alarma, lo que le produjo, de golpe, una lucidez completa que le puso furioso porque iba a impedirle reanudar el sueño. Apartando la manta se deslizó fuera de la litera.

Estaba aún sentado en el borde cuando algo oscuro y enorme penetró en la cabina, de un salto. Con la sombra penetró, más intenso, el olor a sangre

y también otro olor amargo y áspero.

Peter quiso levantarse, olvidando el sitio en el que se encontraba, y su cabeza tropezó con el techo. Lanzó un grito de dolor y entonces la sombra que había caído en los asientos delanteros se alzó sobre el respaldo y Peter vio una horrible cabeza ensangrentada, unos ojos feroces, la dentadura horrible.

Luego una segunda sombra apareció. Los dos animales, gruñendo, saltaron sobre los respaldos de los asientos, cayendo encima del camionero, que gritaba de un modo espantoso.

Sus gritos fueron apagándose, tosió dos veces, después emitió un estertor apagado. Los dos animales gruñían, se agitaban sobre la litera.

Por el borde de la alta portezuela del camión apareció un tímido hilo de sangre, que empezó a gotear en la tierra del arcén, cerca de donde estaba el cuerpo retorcido y destrozado del otro hombre. Luego el hilo de sangre se convirtió en un chorro que corría con bastante fuerza. Estuvo deslizándose sobre el estribo, formando un charco en el suelo, hasta volver a convertirse en hilo, después unas gotas cada vez más espaciadas y al fin cesar.

Fuera, entre las sombras, volvía a escucharse el siniestro jadeo. Solo entonces los dos monstruosos animales saltaron al suelo y se alejaron. Entre los sauces enmarañados, apareció una sombra alta, la sombra de algo parecido a un hombre, que silbaba tenuemente.

Los dos perros cesaron de gruñir, sus ensangrentados colmillos dejaron de verse. Y con movimientos calmosos se fueron tras de la sombra.

«capítulo 5»

L

A sangre había dejado de brotar; unos toques de cauterizante consiguieron el milagro. En la casa de los Grosvenor, naturalmente, disponían de toda clase de medicamentos.

La señora Grosvenor miraba la herida de la mano de su hijo, diciendo:

—Mañana te pondrás los guantes para trabajar, Bill.

—No es nada. Dos heridas sin importancia. No debiste levantarte, mamá.

—Pudieron matarte. Es incomprensible lo que ha sucedido con esos animales. Debió ser, la visita de ese pobre loco de Kim... Lo cierto es que si él supiera lo que te ha sucedido, se confirmaría su odio hacia los perros.

Andella recogió los medicamentos protestando:

—Pero no es cierto, mamá. Los perros no son peligrosos.

—¿No? Pues anoche, al parecer, uno mató a la señorita Hanson y esta noche otros han atacado a tu hermano. Eso es evidente. Y Bill dice que estaban trastornados. No es bastante la luna llena para eso. Algo más tiene que sucederles.

Bill sonrió.

—El hombre-lobo. Recuérdalo, en la ciudad dicen que apareció uno de esos extraordinarios seres, y trataron de matarle, los muy bestias. Era solo un actor que eligió mal el tema de su actuación.

La señora Grosvenor asintió.

—Muy mal. Le dirían que en estas tierras había muchas leyendas de licantrópía y no le engañaron, pero seguramente no podía esperar que, aún

en estos días, muchos creyeran en ellas.

—Lo dices como si tú también las creyeras —comentó Andella.

—Hija mía, yo vivía ya cuando aun nadie se atrevía a cruzar los pantanos de noche. Era niña y en casa se contaban terribles historias, se narraban sucesos que algunos de los narradores habían vivido personalmente. Ciertamente que algunos infelices desaparecían en los pantanos, de un modo misterioso.

—Ahogados... la gente bebía entonces en esta comarcas miles de litros de ese infecto *whisky* casero —rio Bill—. Debían caer al agua a puñados...

—Sí, es posible. Pero a veces se encontraban sus restos despedazados, fuera del agua, desgarrados a dentelladas. Lobos, los más sensatos hablaban de lobos y de perros salvajes, también de pumas, que entonces se veían por aquí.

Pero ya os digo que algunas personas dignas de crédito, juraban que los habían visto. A los hombres-lobo, quiero decir.

—Más clientes del *whisky* casero —dijo Bill.

—Conforme. Yo era niña y los creía, había escuchado la descripción que hacían de los licántropos, eran hombres de apariencia normal, solo un poco silenciosos y retraídos. En las noches de luna llena sentían la necesidad de huir de sus casas, de escapar velozmente de donde estuviesen y esconderse en la espesura del campo, donde sufrían la terrible transformación que les convertía en fieras ansiosas de sangre. Algunos los habían encontrado en la noche, agazapados, arrastrándose sobre la tierra, gruñendo... Y aullando a la luna, como los lobos.

—El miedo a la oscuridad ha creado casi todas esas fantasías ¿Cómo razonaban la existencia de esa metamorfosis? Porque incluso las mayores fantasías se apoyan siempre en aparentes justificaciones.

—Había varias teorías. La más fantástica aseguraba que sus madres habían sido poseídas por algún lobo, al perderse determinada noche en los pantanos. Otra aseguraba que la licantrópía se transmitía como una infección, por mordedura de un lobo...

—Seguramente esa es la explicación real. En algún momento de especial ignorancia, los desdichados enfermos de rabia, contagiada por alimañas y que sufrían una espantosa crisis de violencia serían considerados como alimañas ellos mismos, como lobos en tierras de lobos. Solían perseguir y matar cruelmente a los enfermos de rabia, temerosos a su vez de ser atacados por ellos —comentó Bill.

—Pero queda lo no explicable, hijo. La fuerza de la leyenda se apoyaba en lo puramente fantástico. Para mucha gente, la licantrópía era una especie de maldad siniestra, un modo de tener pacto con el demonio. Así los hombres-lobo eran monstruosos seres de doble vida, que en las noches de plenilunio se abandonaban a su maldad, se transformaban, y se lanzaban a

la oscuridad para hacer el mal salvajemente, acatando así la voluntad de su diabólico sueño.

—Sí, y no se les podía matar con bala de plomo, ni con acero, solo el fuego podía destruirlos —dijo Andella.

La señora Grosvenor miró a su hija, que parecía impresionada.

—Olvidalo.

—¿Cómo? ¿Podemos olvidar que anoche y ahora mismo los perros de Indian Rouge han enloquecido? —preguntó la joven.

—Habrá alguna explicación natural para ello—. Me voy a descansar. No os quedéis mucho tiempo levantados, hijos.

La señora Grosvenor abandonó la salita. Para llegar a su cuarto debía recorrer un corto pasillo. Tenía la costumbre de comprobar cada noche el cierre de las ventanas, ya que vivían en un lugar realmente apartado.

Por eso se detuvo en el centro del corredor, ante una ventana cubierta con una alegre cortina de cuadros. La alzó, apartándola un poco y entonces lanzó un grito de horror.

Al otro lado del cristal doble, algo acechaba. Vio unos ojos muy abiertos que la miraban, un rostro blanco cubierto de largos pelos enmarañados.

Gritó una vez, retrocediendo y luego volvió a gritar, mientras sentía sobre ella la intensa mirada y la cabeza se movía a un lado y a otro.

* * *

Bill Grosvenor corrió hacia el pasillo, alarmado por los gritos de su madre. La encontró plantada ante la ventana, temblando, muy pálida. Jamás había visto a su madre tan asustada y el joven tuvo miedo por ello.

—¡Ahí, en la ventana... es horrible! ¡Por Dios... estaba mirándome, te digo que me miraba!

Bill se colocó ante la ventana, atisbando al exterior. No vio otra cosa que la explanada y un poco más allá, las perreras.

—No hay nada, mamá... ¿Por qué te has asustado tanto?

Ella le cogió por un brazo, nerviosamente. Sus dedos se hundían en la carne del joven.

—Era algo monstruoso, una cara espantosa, y estaba mirándome... ¡Te digo que estaba mirándome! ¡Ahí, no ha podido alejarse!

Bill la llevó hacia la sala, en donde Andella esperaba, muy nerviosa también.

—Siéntate. Han sido esas estúpidas historias, estamos esta noche muy excitados. Buscaré un tranquilizante.

—¿Qué es lo que ha visto? —preguntó la joven.

—¡Un monstruo! —gritó su madre.

—¿No sería un perro vagabundo? —preguntó Bill—. Yo vi dos pasar entre los corrales.

—¡Era un ser humano, tenía cara humana, pero espantosa, con largos pelos ante los ojos...!

Andella susurró.

—¡Un licántropo! ¡Has visto a un hombre-lobo, mamá!

—¡Por favor, Andella, no digas tonterías! —gritó Bill—. ¡No necesitamos que la asustes más! Yo no he visto nada, pero voy a salir para que os tranquilicéis las dos.

—¡No! —gritó su madre.

—Por lo menos toma un arma, Bill —pidió su hermana.

Bill sacó una carabina de un armario, comprobando que estaba cargada. Luego sonrió a la muchacha.

—Claro que según tú mis balas no pueden nada contra esa clase de monstruos...

Ella no se rio. Estaba demasiado asustada.

—¡No salgas, es mejor que se vaya!

—Sea lo que sea, se habrá ido ya. Pero quiero estar seguro de ello. Cierra la puerta cuando yo salga y no la abras hasta que yo te llame.

La señora Grosvenor había empezado a llorar, al cesar un poco su miedo. Bill salió de la casa, cerrando la puerta.

Estaba seguro de que había sido solo una ilusión. Cualquier cosa pegada al cristal de la ventana, quizá unas simples hojas traídas por el viento, habrían tomado forma extraña ante los ojos de su madre, ya predispuesta por la tonta conversación que sostuvieran.

Se detuvo ante la casa, escuchando. Nada parecía moverse, los perros se agitaban en las perreras, de nuevo, Bill se alejó unos pasos hacia la ventana por la que su madre creía haber visto algo.

Allí había un patio, unos frutales y el paso al taller de Bill y a la clínica de los animales. El coche y la furgoneta también se encontraban en aquel lado, por lo que la oscuridad y los rincones hacían el lugar más tenebroso.

El joven se detuvo de nuevo y entonces sí, oyó un ruido anormal en el fondo del patio, donde la oscuridad era más intensa.

Alzó el arma, exigiendo a media voz.

—Salga. Si no lo hace le sacaré de ahí a tiros.

Nadie contestaba, pero el ruido se repitió. Bill pudo identificarlo: algo estaba moviendo unas cajas vacías que se apilaban en un rincón.

—Trata de esconderse tras de ellas —pensó Bill.

Avanzó unos pasos, colocándose junto al coche. Ahora podía ver las cajas, se había acostumbrado a la oscuridad y distinguió una forma que desaparecía tras de ellas.

—Bien —dijo en voz alta—. Empezaré a disparar. Esas cajas no

detendrán las balas, me temo mucho que las atravesarán y también a usted.

Una caja cayó al suelo y después empezó a asomar sobre otra algo oscuro y redondo, una cabeza cubierta de gran pelambrea.

Bill apretaba las manos sobre el arma. Se decía que no debía impresionarse, pero sentía que el calor le arrebatava el rostro y que sus manos empezaban a temblar. La cabeza, si era una cabeza, se detuvo. Bill gritó:

—¡Salga de una vez o disparo!

* * *

Estaba recordando todo lo que había oído sobre los hombres animalizados. Las descripciones. La cabeza volvió a alzarse y entre el pelo aparecieron unos ojos que brillaban en la oscuridad. Bill tuvo que contenerse para no disparar. ¿Qué era aquello? ¿Qué monstruo terrible iba a surgir ante él?

Al fin apareció el rostro completo. Bill vio una piel como manchada, muy blanca en algunas partes, negra en otras. Un largo pelo que lo cubría todo. Y luego oyó una voz temblorosa que decía:

—¡No dispare! ¡Por favor, no soy un ladrón!

Bill apartó el dedo índice, mascullando:

—¡Una mujer!

Al menos la voz era femenina. Bajó el arma, aunque no del todo, ordenando:

—¡Salga de ahí!

Lentamente el intruso salió de detrás de las cajas. Vestía ropas de hombre, también oscuras. Se detuvo, mirando a Bill con terror.

Con un movimiento rápido, se apartó el pelo de la cara. Entonces Bill se echó a reír.

—Muy bien. Vaya caminando delante de mí hacia la casa —dijo.

El extraño sujeto obedeció, caminando lentamente. Cuando llegó ante la puerta y se detuvo, Bill gritó:

—¡Andella, abre, te voy a presentar al hombre-lobo!

La puerta se abrió, apareciendo una indecisa Andella que miraba con temor. Bill volvió a reír.

—Aquí le tienes. Esto es lo que ha asustado tanto a mamá.

La señora Grosvenor se había puesto en pie, miraba al prisionero de Bill, que empujado por el extremo del cañón, penetraba ya en la casa.

—¡Es una chica!

—Una chica bastante sucia —dijo Bill, entrando también y cerrando la puerta tras de él—. Ha debido caerse a los pantanos. ¿No es así?

La desconocida se volvió, tenía lodo oscuro sobre las ropas, en la cara y

en el largo pelo, apelmazado en parte. Temblaba de miedo y de fatiga. Solo Andella se dio cuenta de ello y le dijo.

—Síntese, está agotada...

—Lo... mancharé todo. Creí que me ahogaba en ese cieno... no conozco los caminos...

—Vamos, síntese, aquí no nos asustamos de las manchas —dijo la señora Grosvenor—. Tendría que ver cómo viene a veces mi hijo de las perreras. ¿Quién es usted?

—Me llamo Jane... Jane Carlisle. No sabía a donde ir, pero tenía que ver a alguien, pedir ayuda a alguien... mi padre está muy mal, tiene una... herida... y quieren matarle. ¡Es espantoso, lo persiguen como a una alimaña!

Bill Grosvenor comprendió.

—Su padre es el actor que anoche actuaba en la ciudad. Andella, llévatala, dale algo de ropa y que se bañe...

—¡No, no, mi padre está solo en ese infierno y tengo mucho miedo, nos rodean extraños animales! Además... he visto a alguien, hay alguien que se esconde en los pantanos, que resopla extrañamente, tengo mucho miedo... ¡Sé que no es humano! ¡Nos acecha, he visto sus ojos, he escuchado sus jadeos... es un demonio!

Miraba a los Grosvenor, suplicante. Y como no le contestaban, se echó a llorar, diciendo:

—¡Están locos, mi padre no ha matado a nadie, no es ningún monstruo, solo es un actor! ¡Les digo que solo es un actor que representa a un hombre-lobo! ¡Yo le ayudo, es solo maquillaje, añadidos y postizos! ¡Es muy buen actor, pero solo quiere hacer ese papel! Está un poco enfermo... bien, no está enfermo, es la bebida, puede que resulte algo maniático, yo le digo que deje ese número, que es peligroso, porque creo que se ha identificado demasiado con ese papel y asusta a la gente ¡Pero no ha matado a nadie! ¡Créanme! ¡Es inofensivo! ¡Solo trata de causar impresión con ese disfraz! Y ahora... dicen que de verdad se vuelve fiera, que ha matado a una pobre mujer. ¡No es verdad, no es verdad!

La señora Grosvenor la cogió por el mentón, protectoramente.

—Es usted una chica preciosa, aunque antes me asustara tanto. Y no cabe duda de que quiere mucho a su padre. Claro que la creemos. Y Bill irá a buscar a su padre, él no teme a los pantanos.

La joven sonrió. Era realmente bella.

—Gracias, señora... yo tampoco temo a los pantanos. Pero a lo «otro»...

—¿Lo otro? —preguntó Bill.

—Hay algo maligno allí... sombras, pasos... Pero, por favor, no me abandonen por eso, no, no he visto nada, son solo mis nervios...

Les miraba suplicante. Ahora mentía para que no dejaran de ayudarla.

Bill lo comprendía.

—¿Será capaz de indicarme poco más o menos dónde se encuentra su padre?

—¡Sí, yo le llevaré, para no perderme al regresar a su lado, he tomado referencias! Las tengo en el cerebro. ¡Dese prisa, por favor!

Bill volvió a tomar la carabina. La muchacha miraba el arma con repentino miedo. Bill dijo:

—No, yo no creo en los hombres-lobo, no crea que voy a disparar sobre su padre cuando le encontremos.

—Perdone. Ha sido terrible. Aquellos hombres sí lo creían. Por eso... Salieron los dos, dejando en la casa a la señora Grosvenor y a su hija.

«capítulo 6»

S

El aspecto de Jane Carlisle después de permanecer veinticuatro horas en los pantanos era espantoso, el de su padre Melvin era aun peor. La herida le había hecho perder mucha sangre, que, ya seca, manchaba la ropa.

En su rostro crispado y demacrado de alcohólico, se veían manchas irregulares de barba azulada, mezcladas con el lodo. La larga melena de actor, revuelta, caía sobre los ojos ardientes, porque tenía mucha fiebre.

Bill Grosvenor le había colocado sobre la cama de invitados y mientras Jane le quitaba los zapatos, el descubrió la herida.

Desde luego estaba infectada y la pérdida de sangre le había dejado en muy mal estado. La señora Grosvenor opinó:

—Hay que llamar al médico. Lo mejor sería trasladarlo al hospital, Bill.

Jane suplicó:

—¡No, por favor, irán allí a matarlo! ¡No lo entreguen a esos energúmenos!

Carlisle había abierto los ojos y los miraba a todos, uno a uno, aunque sin expresar ninguna clase de lucidez. Luego emitió un gruñido completamente animal, sus labios se replegaron, mostrando los dientes desiguales. Todo su rostro se distorsionó, adquiriendo un aspecto realmente horrible, bestial. ¡El aspecto de un lobo amenazador!

Andella retrocedió, asustada. Carlisle continuaba gruñendo amenazadoramente. Jane se inclinó sobre él, moviéndole un poco.

—¡Padre! ¡No estás en escena! ¡No representes, eres Melvin Carlisle, no tu personaje!

Carlisle intentó alzarse, rugiendo. Andella lanzó un grito de susto y Jane se volvió hacia ella, desesperado.

—¡No es cierto, es la fiebre, cree que está en escena, pero es solo una representación!

—Muy buena, por cierto —murmuró la señora Grosvenor—. Y si eso lo ven esos bestias del pueblo, no habrá modo de detenerlos. Tendrás que curarle tú, Bill.

Bill dudaba. Jane le miraba con ansiedad. La muchacha era realmente preciosa.

—¿Podrá...? —preguntó Jane.

—Soy veterinario. He curado muchos animales con herida de bala, perros a quienes sus dueños confunden con un venado en las cacerías. Pero su padre no es un animal, ni siquiera un lobo...

Jane palideció. Melvin ahora empezaba a aullar. Y fuera los perros se agitaban.

—Cúrelo usted, señor... por favor.

Andella se había acercado a la ventana y miraba hacia las perreras. Podía ver las sombras de los perros moviéndose en ellas con nerviosismo. Le susurró a su madre.

—Están enloquecidos... como cuando huelen al lobo.

La señora Grosvenor miró a su hija con temor.

* * *

En Indian Rouge había amanecido un día brillante, húmedo y agradable, pero solo en cuanto a la meteorología. Porque en lo demás, se trataba de un día especialmente ingrato.

La mayor parte de las gentes no habían acudido a sus habituales trabajos, muchas tiendas no abrieron sus puertas, incluso algunas colocaron los gruesos tableros de madera ante los escaparates, preparados para defenderse de los huracanes.

Silenciosos grupos de hombres con las manos en los bolsillos y rostros huidizos y preocupados, se reunían en las esquinas. De los caseríos próximos llegaban otros en vehículos.

Nadie hablaba. Todos escuchaban el insólito ruido que rodeaba la ciudad, que se producía en ella misma. Un ruido enervante, continuado.

¡Todos los perros de Indian Rouge aullaban al mismo tiempo!

Había comenzado antes del amanecer, primero en algunas zonas. Como cuando un perro se agita o asusta por algo y aúlla, contestándole luego los demás. Pero en lugar de enmudecer a requerimientos de sus amos, los animales habían continuado y, poco a poco, todos los perros de la comarca aullaban, enloqueciendo a las gentes.

Había terminado la noche, desapareciendo la luna, y los perros continuaban aullando incansables.

En algunos casos habían huido de sus casas. En otros los dueños tuvieron que encerrarlos, porque se mostraban sumamente agresivos.

Pero era aquel continuo aullar lo que encrespaba los nervios de todos, lo que había puesto armas en las manos de muchos de ellos.

Estaban reuniéndose ante el centro cívico, porque querían pedir al Comisario que pusiera fin a aquello. A las nueve de la mañana el desencajado Comisario salió a toda prisa del edificio, con dos ayudantes, apartando a la gente que quería detenerle.

—¡Luego, ya lo sé, los perros molestan! ¡Luego os veré, ahora he de atender una emergencia!

Se metieron en el coche oficial y se alejaron, haciendo sonar la sirena. Media hora más tarde regresaban, seguidos de una ambulancia que penetró en el pequeño hospital. Todos vieron que el Comisario y sus ayudantes estaban muy pálidos.

Pronto alguien salió del hospitalillo con la noticia.

—¡Dos camioneros, los han encontrado destrozados, degollados a dentelladas, uno en el suelo, otro en la misma cabina! Dicen que no tenían ni una sola gota de sangre en el cuerpo. ¡Se bebieron toda su sangre! ¡Fueron atacados de noche, os digo que a dentelladas! ¡Como a la señorita Hanson! ¡Ha sido un hombre-lobo!

Todos quedaron en silencio. Un silencio temeroso. Hasta que alguien dijo:

—Por eso aúllan los perros, huelen la sangre y también al licántropo... Está aquí, en los pantanos... esperando que llegue la noche para atacar de nuevo...

—¡Si antes no le encontramos nosotros y le quemamos vivo!

Kim cogió al que hablaba por la ropa, agitándole con violencia.

—¡Imbéciles! ¡Os digo que son los perros! ¡Esto tenía que suceder, ha llegado su momento, son inteligentes, malignos, han estado esperando y ahora ha llegado su momento! ¡Nos atacarán a todos! ¡Quieren vengarse de nuestro dominio, de los malos tratos, de su sumisión de tantos siglos!

El interlocutor de Kim se soltó, mirándole sin comprender. Kim se alejaba y el individuo comentó:

—Este tío habla de los perros como si se tratase de seres racionales. ¡Está completamente loco! Yo no trato mal a mí perro, ni lo humillo. ¿De qué va a querer vengarse? ¡Bah!

El hombre estuvo por allí, tratando de enterarse de lo que sucedía dentro del hospital, de hablar con alguien que lo supiera. Los comentarios eran impresionantes, los pocos que habían echado una mirada a los cadáveres salían pálidos y descompuestos.

A media mañana alguien observó:

—¡Oigan! ¡Me parece que los perros están dejando de aullar!

Todos callaron, escuchando. Era cierto, una gran parte de ellos, sobre todo en la ciudad, había enmudecido. Aún se oían aullidos en los suburbios, pero poco a poco fueron cesando también y al fin se hizo el silencio.

Instantáneamente la gente empezó a sonreír, y a recordar que tenían muchas cosas que hacer, y se olvidaron de los dos cadáveres que estaban en el hospital.

Las tiendas se abrieron y empezaron a circular coches y los niños salieron de las casas corriendo por las aceras con sus patines y sus bicicletas.

El hombre que había reñido con Kim, que tenía un pequeño almacén de ferretería, se fue a su negocio, abriendo la puerta: Sacó a la calle varias muestras, una pila de trastos y unos rollos de tela metálica.

Después ordenó algunas cosas y recordando lo sucedido con los perros, se dijo:

—¡Diablo, no le puse la comida a «Campeón»!

Abrió una lata de comida para perros, y volcándola en el cuenco de «Campeón»; luego lo llamó alegremente.

El perro no aparecía. Solo podía estar en el patio posterior, o en el almacén. El hombre volvió a llamarle y después, impacientándose, pues era hombre colérico, se metió en el almacén, repitiendo la llamada.

«Campeón», un alsaciano de gran alzada, acudía siempre a su encuentro, pero en aquella ocasión no aparecía.

El ferretero fue a abrir la puerta que daba al patio. Al hacerlo tropezó con algo muy voluminoso que colgaba del marco, por la parte exterior.

Parecía un saco, que giraba lentamente, a contraluz. El ferretero lanzó un grito de dolor y de rabia cuando el bulto terminaba su giro y la cabeza de «Campeón» quedaba ante él. El animal tenía la boca entreabierta, cubierta de espuma manchada de sangre, la lengua inflamada y enorme colgando por entre los colmillos.

La cuerda de la que colgaba se hundía en su cuello por encima del collar de badana. Había sido ahorcado.

El ferretero, que no tenía más compañía que aquel perro, lanzó otro grito, casi un gemido. El perro continuaba girando lentamente.

Al otro lado, en el patio, recostado en el cercado, estaba Allan Kim, mirándole duramente, la carabina a su lado, con la culata en el suelo.

El ferretero rugió:

—¡Canalla, tú has matado a «Campeón»!

—¡Sí! ¡Y acabaré con todos los perros de esta cochina ciudad! ¡Con todos! ¡Yo salvaré a la población de Indian Rouge de la destrucción!

El ferretero alargó la mano derecha, asiendo lo primero que tocó. Algo

que se encontraba sobre unas cajas de embalaje: Una gran tijera de podar setos.

Cuando Allan Kim le vio salir del almacén esgrimiendo las tijeras tomó rápidamente la carabina, alzándola.

—¡Quieto! ¡No seas imbécil, te he salvado de ser degollado por esa fiera! —gritó.

El ferretero no le escuchaba. Kim alzó el arma, pero no tenía ninguna bala en la recámara, lo que comprobó al apretar el gatillo. Nerviosamente movió el cerrojo del arma, con un chasquido duro, y cuando terminaba la maniobra y antes de que pudiera llegar de nuevo al gatillo, el ferretero cayó sobre él.

Allan Kim abrió la boca, como para gritar. Pero no dijo nada. Encogió el cuerpo al recibir el brutal golpe.

El ferretero, sujetando las grandes tijeras con las dos manos, entreabiertas, las había hundido en el cuerpo del granjero, con tremenda fuerza.

Una de las anchas y afiladas hojas desgarró el vientre del hombre, tan salvajemente que, atravesándolo, aún llegó a la madera del cercado.

La otra lo alcanzó más arriba, en el estómago.

Allan Kim se dobló, muy pálido, sintiendo en la boca el sabor de la sangre. No tenía dolor aún, pero al momento otro golpe de sangre le obstruyó la garganta, medio ahogándole.

El ferretero retrocedió, muy pálido, dejando las tijeras de podar clavadas en el cuerpo del granjero. Miraba horrorizado a este, miraba la sangre que empezaba a caer al suelo, entre las piernas de Kim.

Y Kim disparó entonces, con sus últimas energías. La bala alcanzó al ferretero en la cabeza, un poco más arriba del ojo derecho, con tanta fuerza, que le levantó el cráneo, lanzando fragmentos de hueso y mesa encefálica hasta el muro de la casa.

Los dos hombres cayeron al mismo tiempo. El ferretero quedó completamente inmóvil, boca arriba. Solo sus manos se estremecían espasmódicamente.

Pero Allan Kim, aferrado al doble mango de las tijeras de podar, como tratando de arrancárselas, sin conseguirlo, se retorció, agitando las piernas con fuerza, rugía de dolor, sobre un charco de sangre que lo manchaba todo.

Cuando los encontraron los que habían sido alertados por el disparo y después por los rugidos de Kim, ya estaban prácticamente muertos. Y estuvieron clínicamente muertos antes de llegar al hospital.

Carlisle descansaba tranquilo, le había sido extraída la bala, drenada la herida y reducida la fiebre. Unos sedantes lo habían sumido en un sueño que restablecía en su rostro el gesto normal.

Bill Grosvenor hizo un buen trabajo y así se lo dijo Jane. La joven al fin había aceptado las ropas de Andella y recién salida de un baño de sales mostraba su verdadera apariencia. Recogido el pelo en la nuca, sin el menor maquillaje, y pese a los cercos oscuros que la fatiga había puesto a sus ojos, Jane Carlisle estaba muy bella, y Bill se daba cuenta de ello, mientras Andella sonreía divertida. Bill dijo:

—Su padre se repondrá, no se preocupe. ¿Qué piensa hacer cuando pueda abandonar Indian Rouge?

Jane se alzó de hombros.

—Seguirle; le quiero demasiado para dejarle solo. Moriría en cualquier rincón, de alcoholismo...

—Pero... perdone que sea entrometido, usted es joven, tiene derecho a vivir su propia vida...

—¿Qué puedo hacer? Está acabado, en ninguna compañía teatral lo aceptarían a causa de la bebida, está en las listas negras por escandaloso... he intentado trabajar y mantenerlo fuera de la profesión, pero es inútil, se vuelve loco, se cree un gran actor... y esta obsesión con el monólogo de los hombres-lobo... temo que el alcohol haya acabado con su lucidez para siempre, es terrible, pero cada vez con mayor frecuencia confunde la realidad con la ficción, acabará creyéndose auténticamente un hombre-lobo...

Bill murmuró:

—Es usted la criatura más generosa que he conocido.

Ella enrojeció, negando:

—No, ni mucho menos. Mi padre era maravilloso hace unos años, cuando murió mi madre cuidó de mi día y noche, abandonándolo todo. Fue en realidad el principio de su cambio... No puedo dejarle, nunca le dejaré...

Bill seguía pensando que Jane era muy buena, además de muy bonita. Su madre le volvió a la realidad, entrando en el cuarto.

—Bill, el Comisario y un grupo de gente armada quieren que les acompañes en una batida.

—¿Qué buscan?

La señora Grosvenor bajó la voz, mirando a Carlisle.

—Pues... buscan al hombre-lobo. Ha habido más víctimas, también desgarradas... será mejor que su padre no se mueva ni haga ruido, niña. ¿Comprende?

Jane asintió, palideciendo. Bill decidió:

—Iré con ellos.

En las perreras Grosvenor había mucho trabajo, y de esa clase que no se puede eludir ni dejar de un día para otro. Por eso, en ausencia de Bill, que naturalmente era quien se ocupaba del más duro, su madre y su hermana debían preparar comidas, limpiar perreras y atender a los animales enfermos, que siempre había.

Jane se ofreció a ayudarlas, pero ellas se opusieron.

—No, de ninguna manera, niña. Quédate con tu padre. Que él te vea a su lado cuando despierte.

Jane se sentó pues junto a la cama de su padre, observándole. Melvin parecía cambiado, hacía tiempo que no se mostraba tan tranquilo.

La joven pensaba en Bill Grosvenor. Era un hombre admirable. Pero cuando su padre se recuperase, tendrían que irse lejos de allí. Cuanto antes. No podía soñar con imposibles.

—Mejor sería que nos marchemos pronto, muy pronto... no tengo derecho a esperar nada.

Sentía deseos de llorar, pero se contuvo, había dedicado su vida al viejo actor, y no se arrepentía de ello. Pero sentía ganas de llorar.

Melvin despertó al fin. Durante unos instantes, mientras miraba lo que le rodeaba y sonreía a su hija, su rostro reflejó mayor calma. Pero bruscamente se ensombreció, crispándose brutalmente.

Jane le cogió una mano.

—Cálmate, estás muy bien y nadie sabe que nos encontramos aquí. Los dueños de esta casa son muy buenas personas...

En aquel momento los perros se agitaban, porque Andella estaba dándoles la comida.

—¿Qué es eso? —preguntó Melvin, sobresaltado.

—Los perros. Tienen un negocio de perros.

El actor apretó las manos, murmurando.

—Tengo que... tengo que verle...

—¿A quién?

El hombre la miró con recelo, con astucia.

—No es nada, nada. Todo está bien. Cuando tú me dejaste anoche en los pantanos...

—¿Qué?

—Había... creo que había...

Se estaba excitando otra vez. Jane le suplicó que se calmara, y él dijo:

—Volveré a dormir, es lo mejor. Pero tú distráete. Ayuda a estas gentes en algo. Puedes dejarme solo, estoy bien.

Jane asintió, y Melvin cerró los ojos. Jane se puso en pie, acercándose a una ventana y mirando a los corrales. Andella salió de uno de ellos

cargando con un saco, penosamente. Jane murmuró.

—Voy a ayudarla.

Su padre no se había dormido, respiraba con calma. Jane salió del cuarto, cerrando la puerta.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Melvin abrió los ojos. En su demacrado rostro apareció una expresión de maldad y de astucia. Se incorporó, sin esfuerzo. Muy pocas horas antes estaba al borde de la muerte, por la pérdida de sangre y por la infección. Ahora se movía con agilidad.

Salto de la cama. Vestía un pijama de Bill, que le quedaba grande.

—He de encontrar mi ropa... necesito volver cuanto antes, tengo que volver, es preciso...

Sonreía y mostraba los dientes. Incluso reía quedamente, con una risa ronca y entrecortada. Abrió las puertas de un armario, no estaba allí su ropa, que había sido metida en el cesto de la colada, pero sí había ropas de Bill. Se puso unos pantalones, volviendo un poco los bajos, sobre el mismo pijama. Y un grueso jersey. Continuaba riendo. No se molestó en calzarse.

—Ya está. Nada podrá detenerme...

Se vio reflejado en un espejo. Sus ojos parpadearon rápidamente e inclinándose sobre el espejo se contempló largo rato, con expresión confusa. Parecía como si no se reconociera.

Luego fue a abrir la puerta cuando esta era empujada desde el otro lado y Jane aparecía. La muchacha se sorprendió mucho, miró a su padre con miedo, porque Melvin había vuelto a reír.

—¿Estás loco? —preguntó Jane.

Melvin alargó los brazos, sujetando a su hija por los hombros; masculló, amenazador.

—Apártate y no hables con nadie, tengo que irme, es preciso. Debo volver a los pantanos para encontrarle...

—¿A quién? ¡No salgas, la gente del pueblo está dando una batida, te matarán! ¡Andella! —llamó.

Melvin deslizó sus manos sobre los hombros de su hija, cerrándolas sobre el cuello.

—¡Calla! ¡No grites! ¡Calla!

Jane abrió mucho los ojos, las manos continuaban cerrándose, Jane no resistía, había dejado caer los brazos a lo largo del cuerpo, miraba a su padre y estuvo mirándole hasta que perdió el conocimiento.

Entonces Melvin la soltó, dejándola caer a sus pies. Su rostro se había deformado, crispado, como en la parte final de su número de licántropo. Jadeaba bestialmente, replegados los labios, agresivos los dientes.

—Bien... muy bien... —dijo roncamente. Volvió a reír y estuvo unos instantes mirando sus manos—. ¡Son fuertes, como nunca... tienen la fuerza

de los lobos salvajes y libres...!

Rio, mientras pasaba por encima de su hija y salía del cuarto. Un poco inclinado, siempre jadeando, en actitud defensiva, Carlisle examinó el corredor. Luego lo cruzó, abriendo una puerta. Atravesó una salita acercándose a una ventana que daba al campo. Quiso abrirla, como se le resistía la guillotina, rugió algo y golpeó con las manos el cristal, despedazándole. Se estaba cortando, pero no parecía notarlo, ya que reía.

Así saltó al exterior, corriendo inclinado, velozmente, un poco ladeado.

Saltaba sobre las zanjias, apartada la primera maleza. El hombre casi moribundo de la noche anterior, hendió la vegetación como un jabalí perseguido, jadeando y gruñendo.

De aquel modo desapareció, en dirección a los pantanos.

En las perreras los «daneses» empezaban a aullar, abandonando la comida. Andella y su madre, que acababan de verterla en un largo comedero, se miraron. Andella exclamó:

—Sal. Puede que extrañen a Bill, el siempre hace esto.

La madre de Andella obedeció, un poco asustada. Pero cuando los perros se volvieron hacia Andella, gruñendo, mostrando los colmillos, la joven también abandonó la perrera.

Los animales quedaron tras de los enrejados, aullando con fuerza. Pronto otros aullidos llegaban de lejos y de nuevo Indian Rouge enloquecía.

«capítulo 7»

D

E las charcas repletas de vegetación en descomposición, se elevaba un vaho caliente y espeso, que se convertía en niebla y lo cubría todo. Bajo la cerrada techumbre de los árboles, que sumían en penumbra los pantanos, aún en pleno día, la niebla se alzaba compacta, moviéndose a jirones arrastrada por el viento. A veces desaparecía parcialmente, dejando a descubierto las charcas, luego se ocultaba todo.

Los caminos, relativamente seguros, estaban señalizados con estacas pintadas de colores vivos. Pero había sederos que desaparecían entre las nieblas, muy peligrosos, porque podían acabar en un tremedal.

Solo algunos buenos conocedores se aventuraban por ellos, y nunca solos. Por eso las gentes de Indian Rouge que buscaban al asesino de la señorita Hanson y de los camioneros, hombre o bestia, iban en pequeños grupos, chapoteando en las charcas, siguiendo siempre al más experto.

Si alguno se retrasaba un poco al momento dejaba de ver a sus compañeros a causa de la niebla. Por eso corría a encontrarse con ellos.

Sin embargo, Melvin Carlisle, que no era de Indian Rouge, corría entre la niebla con la mayor seguridad, sin el menor temor.

Continuaba jadeando, porque en realidad estaba agotado, pero una extraña fuerza le dominaba. No sentía el dolor de la herida, que se había abierto y sangraba, ni la debilidad de la anemia. Agazapado, a saltos avanzaba entre la maleza, cruzaba charcas.

Estaba empapado y de nuevo cubierto de barro, pero reía sin cesar y de vez en cuando, al detenerse en un instante de duda, repetía:

—Es mi ocasión. Tengo que aprovecharla. He de encontrarlo...

Sus dudas duraban muy poco, parecía guiarle un instinto especial, al momento elegía otra trocha y continuaba.

Al cruzar un camino señalizado, escuchó voces humanas. Carlisle se revolvió, rugiendo amenazas. Su aspecto era horrible. La sangre de la herida ya le llegaba a una mano.

Parecía una alimaña acorralada. Retrocedió, abriéndose hueco en los matorrales, quedando medio hundido en el barro. Asiendo una rama que desgarró fácilmente, se quedó quieto.

Entre la niebla aparecieron tres hombres. Llevaban armas y calzaban altas botas. Se acercaban, recelosos. Carlisle alzó el madero, sonriendo feliz.

Pero los hombres se alejaron sin verle. El actor arrojó el madero al agua y capoteando desapareció entre la espesa niebla.

Al fin llegó a un claro bastante seco, en el que se detuvo. Miraba en torno suyo, porque estaba reconociendo el lugar. Movi6 los pies descalzos, sangrantes y desgarrados, algunas piedras.

—Sí, era aquí... fue aquí donde lo vi...

Quedó quieto, esperando. La niebla le rodeaba como un muro. Luego oyó un ruido que le envaró. Un gruñido animal, muy preciso. Otro por el lado opuesto.

Carlisle sonreía. Dijo, a media voz.

—Quiero hablarle. No soy un enemigo. Le vi anoche, es preciso que le hable.

Por la derecha apareció un gran animal sucio y siniestro. ¿Un lobo? ¿Un perro salvaje? Podía ser ambas cosas. Los ojos le brillaban como ascuas, su aspecto era horroroso. Luego apareció otro, por el lado opuesto. Los dos le miraban fijamente, casi brillantes los enormes colmillos.

Carlisle estaba quieto, impasible. Un poco sofocado, la fiebre se había apoderado nuevamente de él. Los dos animales se acercaban lentamente, paso a paso, elásticos y poderosos. Tenían una alzada increíble. Gruñían.

Carlisle esperaba, como ajeno al peligro. Las fieras estaban ya muy cerca, podía notar su aliento. Estaban inclinándose un poco, para el salto, sin duda para hundir los colmillos en su cuello.

Miró a los ojos de una de aquellas fieras. Con curiosidad. Una mirada que detuvo al animal. Gruñendo retrocedió un paso.

Fue solo un instante. Inmediatamente se agazapó de nuevo, para saltar. Carlisle alzó un poco las manos, en actitud defensiva y el movimiento produjo una súbita rabia en los animales. ¡Estaba perdido!

Cuando se iniciaba el ataque, una sombra alta se destacó entre la niebla. Los animales se pegaron al suelo, y arrastrándose se alejaron del actor, que esperaba. La sombra fue concretándose. Era un hombre. Un hombre alto,

vestido con ropas destrozadas. Un hombre de rostro muy pálido, ojos hundidos, con barba enmarañada, corta y larga melena que le llegaba casi a los hombros.

Tenía largos brazos, enormes manos. Pero su aspecto en conjunto no era amenazador, sino más bien triste. Estuvo mirando a Carlisle. Hizo un ademán y los dos animales se volvieron, alejándose al trote.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre.

Tenía una voz inexpresiva. Carlisle se dejó caer en el suelo, ahora se encontraba agotado, débil. Pero sonreía feliz.

—¿Son lobos? —inquirió.

—Sí.

—Le obedecen.

—Soy su jefe.

Carlisle dijo:

—Más que eso. Le vi anoche, cuando brillaba la luna por encima de la niebla. Usted es más que su jefe. Usted... ¡es uno de ellos!

El hombre se volvió, como para alejarse. Carlisle suplicó entonces.

—¡No se marche! ¡Tengo derecho a conocerle mejor! ¡Han querido matarme, me han herido, porque creen que me convierto en lobo las noches de plenilunio! ¡Tengo derecho a conocerlo, precisamente a usted... que es realmente un hombre-lobo!

El hombre se detuvo. Sus anchas espaldas se estremecían. Murmuró, aun de espaldas:

—No sabe usted lo que dice. Vivo en los pantanos, eso es todo. Lo lobos me conocen, lo demás son fantasías...

Carlisle se levantó, con esfuerzo.

—¡Espere! ¡No son fantasías! Anoche, cuando mi hija se fue a pedir ayuda, usted estuvo aquí, estuvo examinándome, creyéndome inconsciente. Yo le vi, le vi con su verdadero aspecto, le oí resollar. Los lobos aguardaban más lejos. Usted... ¡usted era un lobo!

El hombre giró de un salto, gimiendo con desesperación. Sus manos se crisparon amenazadoramente y Carlisle retrocedió, temiendo ser atacado. Pero el hombre solo dijo:

—¡Cállese! ¡Por favor, cállese!

Carlisle se repuso. Estaba entusiasmado.

—¡Era algo magnífico! ¡Había más violencia y fuerza en usted, que en cualquiera de esos animales! ¡Qué maravilla! ¡Yo nunca habría podido conseguir ese brillo en los ojos, ese sufrimiento en el rostro, el pelo montaraz en la frente, la fuerza de la boca...!

—¡Cállese!

—Soy un experto, señor. He estudiado durante años el tema de la licantrópia, leído descripciones, analizado retratos imaginarios... ¡Pero todo

era pálido, anoche...!

El hombre cogió a Carlisle por el cuello. Sus grandes manos en realidad carecían de fuerza. Y en su rostro no había furor, sino dolor tan solo. Carlisle asió sus muñecas, diciendo:

—Anoche estas manos eran poderosas, las cubría un vello negro, parecían garras... pero usted, que habría podido matarme de un zarpazo, no lo hizo. Y tampoco atacó a mí hija. Usted sabía que yo era amigo suyo. ¿No es verdad?

El hombre se apartó, volviendo a gemir. Volviéndose se alejó hacia la niebla, Carlisle le siguió trabajosamente.

* * *

A veces oían voces de las gentes de Indian, e incluso escuchaban el ruido de sus pasos. Pero cada vez más espaciadamente; en realidad estaban ya retirándose, fatigados. Ninguno de ellos quería que la noche pudiera atraparles en los pantanos.

Melvin Carlisle, sentado sobre la hierba, recostado en el tronco de un árbol, comía con avidez unas bayas, a puñados. Cerca de él, los dos lobos gruñían, disputándose los despojos de un animalejo que habían atrapado. La sangre les descendía por el cuello.

Carlisle parecía recuperado. Estaba muy sucio, su aspecto era mucho peor que el del extraño individuo que paseaba sin cesar ante él, y que apenas contestaba a sus preguntas.

—¿No teme que puedan llegar hasta aquí esos hombres?

—No. Nadie conoce la entrada.

—¿Quién es usted? ¿De dónde ha venido?

El hombre miró a Carlisle fijamente. Luego dijo:

—Váyase... cruce esa charca y váyase... antes de que sea tarde.

—No ha contestado a mí pregunta.

—No.

—No pienso irme. Creo que esta noche habrá también buena luna. Empieza a decrecer, pero...

—¡Cállese!

Carlisle sonreía. Los lobos de vez en cuando le miraban, cesando en sus gruñidos. El actor necesitaba saber.

—¿Heredó esa condición? ¿Usted conoce la verdad!

—¡No conozco nada! ¡Solo que siempre debo huir... cuando ya me acosan para matarme...! ¡También deberé abandonar este lugar!

—Pero en algún momento empezaría a sufrir la transformación. Habría una primera vez... cuando estos lobos u otros le buscaron para seguirle...

—Sí, hubo una primera vez... yo era cazador, buscaba pieles... vivía

tranquilo en los bosques... hasta que aquellos hombres me acusaron de asesinar a una muchacha a la que yo jamás había visto... me atacaron con cuchillos y palos, querían matarme... esa fue la primera vez, sentí cómo una fuerza interior, mis manos... aquellos hombres huyeron. Todos menos uno de ellos que tropezó y al que destrocé a dentelladas, sin darme cuenta. Luego escapé, al tratar de lavarme en un río vi mis manos cubiertas de vello, vi mi rostro en el agua, mis dientes... manchados de sangre... esa fue la primera vez. Desde entonces...

—¡Oh, un hombre de los bosques, debió estar en contacto con lobos desde niño, quizá su propia madre... fuera atacada por ellos... sería la rabia, el instinto de conservación, la violencia de otros lo que provocó en usted la crisis!

El hombre que no había dado su nombre, que parecía no tenerlo, repitió varias veces.

—¡Márchese! ¡Márchese! ¡Usted querría entregarme a ellos, nadie puede...!

Carlisle era impasible, su curiosidad superaba a todo.

—No pienso dejarle, debo saberlo todo... ¿mató usted a esa mujer en su casa? Sin duda no pudo contenerse...

El hombre se sentó sobre una piedra. Los lobos seguían sus movimientos con la mirada. El hombre parecía sufrir intensamente. Se cubrió la cara con las manos. Luego negó, agitando la cabeza con fuerza.

—Yo no sé nada... luchó para contener mis impulsos... no sé lo que me sucede cuando me domina esa especie de fiebre. Es posible que solamente sueñe, que no me mueva de aquí mismo. Yo quiero que sea así, pero los animales escapan, tengo que hacerlos volver, no sé lo que sucede...

Empezó a gemir. Los lobos se alzaron, agitándose. Ahora miraban a Carlisle, gruñían, mostrando sus dientes ensangrentados. Melvin Carlisle se encogió un poco.

* * *

En cuanto descendía la luz del día, en los pantanos se hacía virtualmente la noche. Para antes de que eso sucediera ya el entusiasmo de los voluntarios de Indian Rouge, muy decrecido por el cansancio, por el hambre y las molestias del lugar, había terminado, y de un modo más o menos furtivo, habían abandonado la batida, dejando solo al comisario con sus dos ayudantes, que al fin también desistieron.

—Es imposible encontrar a alguien en este infierno. Vámonos.

La niebla era ya tan intensa, que apenas veían los árboles que les rodeaban. Buscando los caminos señalizados, salieron de los pantanos y de la niebla.

Bill Grosvenor había podido llegar al mismo lugar donde encontrara al actor, pero a partir de allí no había huella alguna. Se quedó solo, escuchando los mil ruidos de los pantanos y cuando la oscuridad ya le rodeaba, regresó.

El Comisario había dejado a los dos ayudantes de vigilancia fuera de los bosques. Cuando Bill salía, casi tropezó con uno de ellos, que le apuntó con su carabina, bajándola luego.

—¡Ten cuidado! —dijo—. Me has asustado. No sabía que hubiera alguien aun en los pantanos. ¿Has visto algo?

—No. Me voy a casa.

—¡Qué suerte! ¿Tú viste los cadáveres de los camioneros? Yo sí, y no puedo olvidarlos...

Bill Grosvenor llegó a su casa con bastante prisa. Desde lejos oyó a los perros, de nuevo agitados. Se sorprendió pensando en Jane Carlisle, incluso antes que en su madre y en su hermana.

—Es debido a su problema, con ese padre medio loco...

Andella estaba en el patio, haciéndole señas para que se apresurara. Le cogió por un brazo, susurrando:

—¡Creí que no regresabas nunca! ¡Es terrible, el padre de Jane escapó y no hemos vuelto a verle! Creo que incluso agredió a Jane, aunque lo niega, dice que se desmayó, la encontramos inconsciente y mamá está junto a ella, porque quiere irse a los pantanos.

Bill miraba a las perreras.

—Y otra vez esos animales enloquecidos. Parece como si en verdad...

Andella bajó la voz.

—Como si en verdad ese hombre influyera en ellos... ¿No es lo que piensas? Te digo que atacó a su hija... pudo muy bien matarla. Ella quiere ignorarlo por amor, pero ese hombre ha enloquecido de algún modo, seguramente representando el papel de hombre-lobo ha llegado a transformarse. O quizá nunca ha sido una farsa... Lo cierto es que todo empezó con su llegada a Indian, Bill.

—Eso es una fantasía, no seas tan crédula como los demás.

—Estaba herido, había perdido mucha sangre, y sin embargo ha desaparecido. Eso no es humano. Tú lo sabes mejor que yo.

—Es mejor que no le hables así a Jane. La pobre chica ya ha sufrido bastante.

—Sería mejor para ella que su padre no volviera más...

Bill prefería no opinar. Entraron en la casa. Jane estaba hundida en una butaca, muy pálida. La señora Grosvenor cuidaba de ella. La muchacha se alzó al llegar el joven. Apenas sin voz dijo:

—¿Le ha visto?

—No, no hemos visto a nadie. Tranquilícese. Ya no lo buscan, la gente

del pueblo se ha retirado. ¿Qué sucedió?

—Quiero ir a buscarle. Dígale a su madre que me permita salir.

—Al contrario, le diré que no deje de vigilarla, señorita. ¿Oye a los perros? Hay sin duda algo que les alarma. Como las otras noches. No permitiré que salga de aquí. ¿Por qué se fue su padre?

Jane explicó, entre lágrimas.

—Creo que anoche vio algo extraño en los pantanos. Está obsesionado... con esa locura de los hombres-lobo... ha vuelto porque espera descubrir el misterio de esas muertes... Le matará, le destruirá...

—¿Quién?

Jane miró a Bill a los ojos.

—¿Quién? Ese monstruo de los pantanos, el asesino... el auténtico hombre-lobo. La sombra que rondaba anoche en torno a nosotros. Por eso mi padre ha vuelto...

Bill y Andella se miraban ahora alarmados. Los dos pensaban lo mismo: En el viejo actor malherido que había encontrado fuerzas para huir. Y valor suficiente para adentrarse en los pantanos. ¿Era razonable pensar que, por simple curiosidad, un hombre normal se enfrentase a aquel peligro? En la mirada de Andella se leía la duda. La muchacha pensaba en Carlisle, perdido entre la niebla.

¿Sería la próxima víctima, o estaría él mismo acechando a una víctima?

* * *

Melvin Carlisle estaba en efecto acechando. Pero no a una presunta víctima, sino al objeto de su interés artístico. La mente desequilibrada por el alcohol del viejo actor, su obsesión por la única interpretación que le interesaba, le había hecho olvidar todo lo demás, incluso su instinto de conservación.

En el claro del bosque ya había anochecido por completo, la niebla convertía el lugar en algo apartado del resto del mundo. Carlisle miraba fijamente al hombre del bosque que ahora caminaba en torno al claro, sin cesar. Los dos lobos le seguían, con la cabeza baja.

El actor trataba de ver el cielo entre las ramas y la niebla, sin conseguirlo. Solo se hacía una pregunta:

—¿Saldrá la luna? ¿Será una noche despejada?

Temblaba por la fiebre pero no lo advertía. No se daba cuenta de nada. Transcurría el tiempo.

Una hora más tarde, los lobos cambiaban de actitud. Deteniéndose alzaban la cabeza, mirando a lo alto. Carlisle también miró, continuaba sin ver nada. Luego la niebla debió descorrerse por un instante y brilló entre las ramas la luz plateada de la luna. Los animales empezaron a aullar.

Carlisle se incorporó, gritando:

—¡Hay luna!

El jefe de los lobos se dejó caer al suelo. Carlisle reía, del modo más irresponsable. No podía tenerse en pie, no le sostenían las piernas. Cayó al suelo, pero seguía riendo y fue arrastrándose hasta donde estaba el otro hombre, tendido en tierra, de espaldas, recibiendo sobre su atormentado rostro la luz de la luna.

—¡Hay luna, amigo! ¿No es maravilloso?

El hombre le miró con infinita tristeza, sin contestar. Había empezado a temblar, sus manos se crispaban, hundiéndose en la tierra. Carlisle estaba a su lado, nervioso, jadeante:

—No se resista, por favor... Es una ocasión única. No me defraude...

Los lobos se habían echado a los pies del hombre, gruñendo. Carlisle no apartaba la mirada de su pálido rostro. Durante muchos minutos no observó cambio alguno. Con los ojos cerrados el hombre temblaba, agitando las manos.

Carlisle estaba como en trance. Murmuraba alguna palabra de apremio, casi ni parpadeaba. Al fin sucedió algo. Las manos del hombre se alzaron, manchadas de tierra, para posarse sobre el pecho. Parecían de cera. Eran grandes, de dedos firmes. Y fueron aquellos dedos, un poco curvados, los que empezaron primero a oscurecerse. Carlisle creyó que era una sombra, pero al momento se dio cuenta de que se trataba de la piel, sometida a una rápida transformación. Se oscurecía, se cubría de placas escamosas, se abría dando paso a un vello cerrado...

—¡Ahora! ¡Está sucediendo! —susurró, admirado.

Las manos se agitaban, débilmente. A cada crispación, se producía un avance en la metamorfosis. Los dedos se ensanchaban, iban cubriéndose del pelo negruzco y rojizo, se abultaban las articulaciones, se alargaban las uñas, curvadas y duras.

Un nuevo movimiento y todo el dorso de las manos fue ocupado por el pelo, que avanzaba por las muñecas, se metía bajo las raídas mangas.

Ahora el cuerpo entero del hombre se estremecía a intervalos y parecía que bajo la ropa los músculos también se transformaban. El pecho iba ensanchándose.

Carlisle, completamente subyugado, fue mirándolo todo. Contempló el rostro del hombre, aún inmutable, aunque más pálido y crispado. Le oyó murmurar, con voz quebrada:

—¡No, no, esta vez no!

Carlisle gritó, imperioso:

—¡Sí! ¡Es preciso! ¡Tengo que saber...! ¡Tengo que...!

El hombre rugió de un modo animal, alzando un poco la cabeza. Había abierto la boca. Estaba mirando sus propias manos y sin duda al observar

su transformación, comprendió que era inútil resistir. Se dejó caer, rugiendo con mayor fuerza, moviendo la cabeza a un lado y a otro.

Sus labios se habían inflamado, la piel de la cabeza estaba sufriendo el mismo cambio que la de las manos. El cuello se acortaba y, de pronto, todo pareció estallar.

Lanzó un grito de dolor, de desesperación y el rostro experimentó una transformación brutal, como si de repente se hubiera cubierto con una máscara.

Cambió de forma, los huesos se desplazaron, empujando la piel, variando toda la estructura de la cabeza. Era algo asombroso, porque no se trataba de un cambio superficial, sino de algo mucho más profundo. La mandíbula inferior fue proyectada hacia adelante, la frente se hundió, emergiendo bajo ella el doble arco de las cejas, cubiertas de vello larguísimo.

Los ojos se redondearon, cambiaron de color, adquiriendo una luminosidad rojiza. Los pómulos fueron sumergidos bajo el pelo lobo que brotaba por todos lados, en mechones irregulares y sucios.

Y los dientes... los dientes emergían brutalmente bajo los gruesos y torcidos labios manchados de espuma sanguinolenta. Muy blancos, flanqueados por los colmillos que asomaban sobre los labios, hundiéndose en ellos, hendiéndolos en grietas sangrantes.

Carlisle se alzó, lentamente, apartándose, muy pálido, temblando con violencia. Los lobos no se movían.

Los ojos ardientes del monstruo miraban ahora a Carlisle fijamente, sin expresión humana alguna, con la fría ferocidad de los mismos animales. Pero aún el hombre del bosque no se movía. Todavía quedaba en él un resto de la persona que momentos antes era, y estaba desapareciendo también.

Los hombros se hundían, mientras el pecho aumentaba de tamaño. El pelo que emergía entre los harapos, por el cuello, en el pecho, se enredaba ásperamente. La cabeza también estaba siendo cubierta por el mismo pelo y un olor amargo, como a almizcle, empezaba a desprenderse del cuerpo. ¡Era el olor de los lobos, de los animales de los bosques, de las alimañas!

Melvin Carlisle estaba ahora luchando entre la intensa curiosidad, el interés científico o quizá profesional, de actor que estudia un modelo a imitar, y el miedo. Un miedo espantoso que le brotaba del estómago y le aturdía el cerebro.

Un poco apartado, como en actitud de defensa, Melvin contemplaba el asombroso fenómeno. Ya el aspecto del otro era horrible, pero aún se producían aquellos estertores que precedían a la metamorfosis. Aún la cabeza fue cambiando, y los brazos parecieron cortarse, lentamente, a golpes, ensanchándose, haciéndose mayores las manos.

Después el hombre empezó a levantarse, con mucho esfuerzo, porque

sus movimientos eran torpes y bruscos al mismo tiempo. Carlisle se puso en pie, apoyándose en un árbol. El hombre-lobo gruñía, jadeaba, ya estaba incorporado, inclinado hacia adelante los brazos colgantes, las manos curvadas tocando la tierra.

Los lobos se alzaron ágilmente, gruñendo también, parecía haber una correspondencia entre sus gruñidos y los del hombre, como un diálogo. Luego los lobos se alejaron, silenciosamente y el hombre empezó a balancearse.

Carlisle se mantenía quieto, quería pasar inadvertido, ahora era el miedo lo que le dominaba. En uno de sus movimientos el hombre-lobo advirtió su presencia y abrió la boca, amenazadoramente.

Miraba a Carlisle con tal expresión de ferocidad que el actor alzó un brazo, mascullando:

—No olvides que soy tu amigo... Ya lo sabes... cuidado...

El hombre-lobo volvió a gruñir. Exhalaba un olor penetrante, casi mareaba. Sus ojos eran completamente rojos. Carlisle volvió la cabeza, incapaz de contemplar aquel rostro de brutal animalidad. Entonces el hombre-lobo alzó la mano derecha y le golpeó, derribándole a varios pasos de distancia.

Melvin Carlisle quedó quieto en el suelo, esperando la muerte. Continuaba escuchando los rugidos. Cuando se atrevió a mirarle, le vio desgarrar con la mayor facilidad una gruesa rama. Después se volvió hacia él, agitándola sobre su cabeza. Pero no intentaba golpearle.

Moviéndose con torpeza apartó los matorrales y desapareció entre ellos, por la misma brecha que acababan de abrir los dos lobos.

Carlisle, jadeante, tembloroso, cerró los ojos, mientras oía como se alejaba el gruñido y los pasos titubeantes y como iban quebrándose las ramas de los árboles al paso del licántropo.

«capítulo 8»

E

N ocasiones la niebla de los pantanos era arrastrada por el viento del Oeste hacia la pequeña ciudad y entonces, especialmente de noche, todo adquiría en ella un aspecto fantasmal. Las luces de las calles se volvían opacas. En los caseríos y granjas la niebla lo aislaba todo, dejando las casas como perdidas en la nada.

Aquella noche, después de que brillara la luna con fuerza, la niebla llegó, dejando todo en tinieblas. En la casa de los Grosvenor, la niebla volvió invisibles las cercanas perreras y el camino de entrada.

Bill estaba llamando por teléfono a la ciudad, constantemente. Quería saber si alguien había visto a Carlisle. La contestación era siempre la misma.

—No sabemos nada. ¿Qué es lo que esperas? ¿Qué nos portemos amablemente si le encontramos? La gente está muy asustada. Pero en cualquier caso, nadie va a salir de su casa en una noche como esta. ¡Y con los perros de nuevo aullando! Tú eres veterinario. ¿Qué puede sucederles?

Bill dijo que no lo sabía y colgó el teléfono. Las tres mujeres estaban en la sala y Jane Carlisle, aunque pálida y demacrada, parecía más tranquila. O más resignada.

—Al menos no le han matado —comentó Bill—. No comprendo cómo ha podido alejarse en su estado, pero ya empiezo a creer que tiene una energía especial...

Jane le miró, sin atreverse a hacer un reproche, Bill se dio cuenta de su torpeza.

—Perdona... no quiero decir que tenga nada de sobrehumano, sin duda se recuperó bien de la herida... y su mismo estado febril le habrá dado fuerza...

—Ha muerto —dijo Jane—. Lo sé. Estará tirado en los pantanos, habrá muerto. Por la herida o asesinado por aquel hombre que rondaba anoche... aquella sombra...

La señora Grosvenor dijo que debían acostarse todos. Andella decidió que Jane dormiría con ella en su cuarto. Jane comprendió:

—Tratas de evitar que vaya a buscarle. No es necesario, ahora no me atrevería... Me asusta ese horrible lugar, anoche estaba como loca. Ahora solo tengo miedo... y además, sé que es inútil, que mi padre ha muerto...

Los perros estaban también agitados, a lo lejos otros aullaban pero los «daneses» solo se movían. Bill anunció que iba a comprobar si todo estaba bien antes de cerrar.

Tomó el arma, parecía algo natural, pero antes jamás la había usado para recorrer los cercados. De pronto parecía que la vida en Indian Rouge se había vuelto especialmente peligrosa. Salió de la casa, cerrando la puerta a su espalda. Y con la carabina bajo el brazo se dirigió a la primera perrera.

La niebla se había espesado más. Iba ya a abrir la puerta, soltando el cerrojo, cuando los «daneses», a los que no veía, empezaron a aullar, tras de la niebla. De un modo violento y repentino.

Bill se detuvo. Por primera vez en su vida tenía miedo de sus propios perros, que le esperaban en la oscuridad, a los que no veía. Que podían atacarle nuevamente.

—Es una tontería —se dijo.

Pero tenía aún vendadas las heridas que sus perros le hicieron. ¿Qué sucedía? ¿Qué estaba pasando?

Creyó sentir a su espalda una presencia ominosa. Notaba un frío extraño en la nuca. Y lentamente, alzando el arma, se volvió, apoyando la espalda en el cercado.

A un metro del suelo, entre la niebla, dos luces rojas, inquietas, le observaban. Escuchó de pronto una respiración jadeante, muy ronca. Las luces rojas se acercaron.

Bill Grosvenor se recuperó de la primera impresión. Era un animal. Un animal que iba a atacar, saltando sobre él. Podía casi percibir su tensión.

Montó con rapidez el cerrojo del arma. Era un buen tirador y ahora había recuperado la calma.

Apuntando entre los dos ojos, apretó el gatillo. Se produjo el disparo, un rugido impresionante, las dos luces rojas parecieron alzarse en el aire.

Bill volvió a disparar, echándose a un lado con rapidez. De la niebla emergió una gran sombra que ascendió velozmente. Luego un golpe seco, blando y a los pies del joven quedó el cuerpo de un animal inmenso,

leonado, que se estremecía, agitando las patas, rugiendo aún.

La cabeza se alzó un poco y los terribles ojos sanguinolentos miraron a Bill con terrible rabia. Los colmillos parecían prestos para hendir la carne. Pero luego, los ojos se apagaron y el animal, con un último estremecimiento, quedó quieto.

Bill se inclinó un poco sobre él, examinando la cabeza.

—¡Un lobo! ¡Un lobo inmenso! Ahora lo comprendo, eso es todo, un lobo que asustaba a los perros. Esta es la sombra que Jane vio en los pantanos, también yo la vi anoche... vi a dos animales...

Dos. Crispado, se puso en pie de un salto. Eran dos las sombras, un segundo animal debía estar cerca. Un golpe al cerrojo y la carabina quedaba preparada para ser de nuevo disparada. Bill empezó a retroceder, despacio, procurando mantener la espalda cubierta.

Así llegó al final del cercado. Pero debía cruzar al patio para llegar a la casa.

Antes de abandonar el cercado, Bill trató de taladrar la niebla con la mirada. Una sombra, sí... una larga y baja sombra se movía a su derecha.

—El segundo lobo...

Los perros de las perreras aullaban de un modo frenético. Se oían sus saltos, los golpes de los cuerpos contra las alambradas.

Bill vislumbró por un momento los ojos del segundo animal. Estaba acercándose a donde había caído el primero, debía oler su sangre.

El joven esperó hasta comprobar que el animal se alejaba de él, en busca del cuerpo de su compañero.

Cuando Bill iba a emprender una rápida carrera hasta la casa, aprovechando tal circunstancia, algo que vio le hizo perder unos instantes que podían ser preciosos.

Otra sombra. Se movía lejos, entre dos cercados. Podía verla como una mancha más opaca entre la niebla. ¡Y no era la sombra de un animal! ¡Aquella sombra jadeaba, resollaba siniestramente!

—¡Es... es un hombre! ¡O algo parecido a un hombre!

La sombra se detuvo. Bill tuvo conciencia de que le estaban mirando. De que algo terrible estaba contemplándole. Sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo y sin saber por qué, preguntó:

—¿Es usted, señor Carlisle?

La sombra fue difuminándose, estaba retrocediendo y la niebla la absorbió. Ahora el lobo gruñía amenazador y Bill Grosvenor echó a correr.

Jamás había corrido de aquel modo. Pese a tratarse de una corta distancia, logró una aceleración increíble y al llegar a la puerta, casi se estrelló contra ella.

La abrió rápidamente. Antes de entrar en la casa, miró fugazmente a su espalda. No vio nada. El lobo no le había seguido. La otra sombra había

desaparecido.

* * *

Naturalmente, las tres mujeres de la casa habían oído los disparos y estaban muy inquietas. Cuando el hombre entró, Andella se apresuró a cerrar la puerta, pasando un cerrojo. La señora Grosvenor preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Disparé a un animal salvaje. Creo que... —Bill miró a Jane, que le contemplaba con susto y mintió— se trataba de un perro abandonado.

La madre insistió, inquieta.

—Pero los nuestros continúan enloquecidos... nunca se han puesto de ese modo. ¿Habrá más perros salvajes?

—Es posible, madre, suelen vivir en manadas, en los pantanos, pero no es nada—. ¿Quieres comprobar si funciona el teléfono?

Andella se sobresaltó al oír aquello.

—¿Por qué no iba a funcionar? ¿Temes que los perros corten el cable? ¿Qué es lo que pasa?

—No pasa —Bill le hizo una señal, refiriéndose a Jane—. Pero quiero saber si podremos pedir ayuda... si los perros se pusieran demasiado pesados.

Andella alzó el teléfono, volviendo a colgarlo.

—Funciona, claro. Me parece Bill, que...

Bill, que permanecía junto a una ventana, escuchando, gritó:

—¡Están abriendo las perreras!

Andella se fue sobre él, muy nerviosa.

—¿De quién hablas? ¿Quién está abriendo las perreras?

Bill alzó un poco la ventana, para oír mejor. Solo veía la cortina de niebla, no distinguía las perreras, pero pudo oír con toda claridad el sonido, que conocía muy bien, de los cerrojos de seguridad al ser manipulados.

También lo escuchó Andella. La joven le apremió, agitándole por un brazo.

—¿Quién está ahí, Bill? ¿Quién?

—No lo sé. ¡No lo sé! —gritó Bill—. Pero están soltando a los perros, los perderemos todos.

—Ellos no se alejarán de las perreras —dijo su madre.

—No lo harían en condiciones normales, pero están furiosos. Avisa al Comisario Andella, que envíe gente.

La joven corrió hacia el teléfono, alzándolo. Pero antes de que empezase a marcar, miró a su hermano con asombro, murmurando:

—¡Ahora no funciona!

La señora Grosvenor se puso a gritar, angustiada.

—¡Por Dios, Bill! ¡Dime qué es lo que has visto, venías horrorizado, ningún perro puede ponerte en ese estado!

Su hija contestó por Bill:

—Yo te diré lo que ha visto, mamá. Ha visto a ese ser que desde hace unas noches está enloqueciendo a Indian Rouge, desde la noche de plenilunio. ¡Ha visto al hombre-lobo!

Jane lanzó un grito. Bill se apresuró a acercarse a ella, cogiéndola por los hombros. La joven sollozaba:

—No escuches a esta tonta. Yo solo he visto una sombra...

—¡No es mi padre! ¡No es mi padre...! —repetía la joven.

La señora Grosvenor, que ahora estaba junto a la ventana, anunció, desesperada:

—Sea quien sea, en efecto, ha abierto las perreras. Aquí están los «daneses».

Todos enmudecieron. Y se unieron a la señora, mirando al patio.

Los perros iban apareciendo lentamente, procedentes de las diferentes perreras. Salían de la niebla como largas sombras, que al acercarse a la casa y recibir la luz que procedía de las ventanas se concretaban.

Iban de un lado a otro, cada vez más cerca del edificio de la vivienda. Bill atravesó la sala para mirar por una ventana que daba a la parte opuesta. También allí había perros, con la misma actitud amenazadora.

Algunos aullaban, otros gruñían. Habían rodeado la casa y cada vez estaban más cerca.

Bill ordenó:

—No os mováis, no hagáis ruido. Será mejor que nos apartemos de la ventana. Vamos... con mucho cuidado...

Los cuatro se desplazaron, lentamente, hacia el centro de la salita, donde estaban dos grandes divanes. Ahora, los perros se mostraban más activos. Se escuchaban sus carreras y lo que parecía alguna pelea entre ellos.

Cuando llegaban a los divanes, Andella empujó una mesita, derribando un cenicero de cristal que se hizo pedazos, con mucho ruido. Bill maldijo entre dientes. Casi al momento el estallido de cristales rotos fue multiplicado por otro semejante, mucho más violento.

Una de las ventanas había sido destrozada y un gran «danés» penetró en la sala, de un salto, gruñendo y mostrando los colmillos. El gran animal, dócil hasta unos instantes antes, nacido en las mismas perreras y al que Bill había vacunado y atendido como a todos los demás, les miraba con furia, completamente transformado. Aun así, la señora Grosvenor sonrió, dando un paso hacia él.

—¡Ah, es uno de los nuestros! Algo ha debido asustarle... Ven...

Bill la sujetó.

—¡No te muevas, madre!

—¡Pero...!

—¡No te conoce, va a atacar!

Alzó el arma. Su madre estaba confundida.

—¡No dispaes, no le mates!

El perro avanzó un paso, disponiéndose a saltar y Bill apretó el gatillo del arma.

La poderosa bala para caza mayor alcanzó al animal, encogido como estaba para soltar sus músculos. Y lo empujó, lanzándole contra un mueble, mientras un chorro de sangre brotaba de su cabeza, manchando la alfombra.

Inmediatamente, como respondiendo al disparo, otras ventanas fueron rotas, y varios cuerpos penetraron en la sala, entre una lluvia de cristales.

Jane y Andella gritaban, incapaces de contener sus nervios. La señora Grosvenor murmuraba algo y Bill, sujetando la humeante carabina, ordenó:

—La escalera. Id hacia la escalera, ¡deprisa!

Sucedió algo especialmente espantoso. Los perros que acababan de irrumpir en la sala vieron a su compañero moribundo y sangrante y se lanzaron sobre él, empezando a desgarrarle entre gruñidos y aullidos.

Andella cerró los ojos. La sangre saltaba con fuerza, los perros disputaban por trozos de carne palpitante, los agitaban, salpicando todo de sangre muy roja. Se mordían entre sí.

Y otros más entraban ya por los huecos de las ventanas.

Bill empujó a las tres mujeres hacia la pequeña escalera que conducía al desván, y a un par de cuartos de reserva. Estaba encajonada entre dos tabiques y confiaba en que les permitiera una buena defensa.

Andella tropezó, cayendo sobre los primeros escalones. Al momento, se levantó, más nerviosa aún y subió por la escalera, torpemente.

Ahora había más perros en la sala y algunos, con las bocas ensangrentadas, abandonaban los restos de su compañero y se volvían amenazadores hacia el grupo de la escalera. Bill gritaba instrucciones. Era difícil hacerse oír por encima del estrépito producido por los perros, sus aullidos, los golpes de muebles derribados, gruñidos brutales.

Pero aun así pudo percibir algo que le dejó sobrecogido.

¡Pasos! ¡Alguien se movía en el desván, sobre ellos! ¡Eran pasos humanos!

Habían penetrado en el desván, lo que no era difícil, pues por el exterior se podía ascender usando unos tejadillos. Pero no eran perros quienes se movían sobre ellos, sino un hombre. O algo muy semejante.

El joven contuvo a Jane, que era la que iba primero.

—¡Espera!

Era una situación insostenible. Los perros ya se acercaban a la escalera. Bill se volvió hacia ellos disparando dos veces con rapidez.

Los animales alcanzados por los disparos cayeron al suelo, y los demás retrocedieron, aullando. Era solo una tregua.

Cuando aún resonaban los disparos, en lo alto de la escalera hubo un ruido violento, una puerta acababa de ser arrancada. La vieron caer, rebotando sobre los escalones y quedando cruzada.

Inmediatamente apareció una horrible y jadeante figura, ante cuya visión los cuatro ocupantes de la escalera olvidaron a los perros que aullaban en la sala, lo olvidaron todo.

Era un hombre fornido, vestido con restos de ropas enlodadas. Todo en él resultaba amenazador, siniestro. La forma en que se agazapaba, sus largos brazos... las manos cubiertas de pelo oscuro, de largas uñas. Y sobre todo, el rostro... Y aquel resuello...

El rostro reflejaba una bestialidad, un salvajismo inaudito. Conservaba aún rasgos humanos, pese a la deformación de la cabeza, a los colmillos inmensos, a los ojos que no parpadeaban, ensangrentados, llameantes, al pelo encrespado que cubría la cara...

Andella murmuró, acercándose a su hermano.

—¡Era verdad... existen...!

El hombre-lobo descendió unos escalones, moviendo las grandes manos, gruñendo siempre. Su olor lo dominaba todo. Tropezó en la puerta que acababa de arrancar y que ahora le cerraba el paso. Parecía moverse a impulsos. Aferró la puerta y sin el menor esfuerzo, pese a que era gruesa y sólida, empezó a desgajarla, arrojando los trozos sobre los habitantes de la casa.

La señora Grosvenor estaba gritando. Abajo, los perros parecían enloquecidos, pero no trataban de ascender por la escalera. Miraban al hombre-lobo, aullaban...

Bill Grosvenor logró sobreponerse y alzando la carabina hizo fuego. No podía fallar a aquella distancia, era absolutamente imposible y no falló. La bala penetró en el ancho pecho del monstruo, pero no logró moverlo ni detenerlo. Solo agitó los brazos, gruñendo con mayor fuerza y cogiendo el trozo más grande de la puerta, lo volteó sobre él, como si fuera una maza, disponiéndose a destrozar la cabeza de Jane, que era a quién tenía más próxima. La joven se había inmovilizado, y miraba fijamente al hombre-lobo.

Bill quiso disparar de nuevo, aunque se daba cuenta de que era inútil. El arma, muy caliente, se bloqueó, dejando el gatillo inmovilizado. Cuando la gruesa tabla iba a caer sobre la cabeza de la joven, tras del monstruo se produjo un ruido violento, y luego una voz gritó:

—¡Quieto, amigo! ¡Eso no!

El hombre-lobo volvió la cabeza, entre gruñidos. Arriba de la escalera estaba Melvin Carlisle, el viejo actor alcoholizado. Tenía sangre por todas

partes, estaba desangrándose por la herida reabierta. Y su rostro ofrecía la palidez de la muerte.

Sujetaba en la mano derecha una improvisada antorcha, una estaca envuelta en trozos de tela empapada en aceite. La había preparado a toda prisa en el garaje de la perrera, usando lo primero que encontró y ardía con fuerza.

El hombre-lobo alzó las manos, cubriéndose el rostro, gruñendo y gimiendo agudamente, como un cachorrillo de lobo. Luego ascendió por la escalera para abalanzarse sobre su enemigo.

Bill Grosvenor comprendió que el actor no podía resistir el primer ataque.

—¡Retroceda, le matará! —gritó.

El joven había saltado sobre los restos de la puerta y ascendía también. Carlisle había retrocedido, pero solo unos pasos. Esperaba al monstruo apoyado en la pared del desván diciendo:

—No debiste atacar a mí hija... éramos amigos tú y yo. Y ahora ya no lo somos. Ella es lo único que tengo...

Las grandes y peludas manos se adelantaron para aferrar al actor. Este metió la antorcha entre ellas, sin duda, y las llamas y la grasa prendieron en las viejas ropas.

En un momento las llamas envolvieron al hombre-lobo, que cayó al suelo retorciéndose, gruñendo de un modo terrible, agitando las manos.

Las llamas casi le ocultaban. De la antorcha, que ahora Carlisle había arrojado sobre el hombre-lobo, se desprendían grandes goterones de combustible. Los rugidos de la víctima eran cada vez más roncós, las manos monstruosas que se agitaban entre las llamas fueron poco a poco transformándose. Primero se hicieron más finas, los dedos iban alargándose. Luego desaparecieron las largas uñas, más tarde el vello pareció irse borrando, dejando entrever la piel oscura y curtida...

Bill penetró en uno de los cuartos, saliendo con unas mantas. A golpes violentos fue apagando el fuego, luego arrojó las mantas sobre el cuerpo del hombre que ardía, consiguiendo al fin sofocar el fuego.

Lo que apareció fue el cuerpo de un hombre delgado, con una gran herida de bala en el pecho, que no sangraba. Su rostro triste, atormentado, de ojos hundidos, parecía reflejar una cierta calma. Las manos, crispadas sobre el pecho, eran grandes y firmes.

Abajo los perros habían enmudecido. Algunos saltaban por las ventanas, abandonando la casa. Otros gemían, arrinconados detrás de los muebles. De nuevo eran los dóciles «daneses» amorosamente criados por los Grosvenor.

Bill se inclinó sobre el hombre muerto, diciendo:

—No le conozco. Usted dijo que era su amigo, señor Carlisle. ¿Quién

era? ¿De dónde había venido?

Se volvió hacia Carlisle, que estaba sentado en el suelo, con la espalda sobre la pared. El actor sonreía, con los ojos muy abiertos. Estaba muerto. Había logrado vivir hasta el momento preciso en que pudo pagar a su hija su dedicación. Ni un segundo más. Había muerto desangrado.

Jane se abrazó a él. Bill le dijo.

—Merecía tu cariño, lo ha demostrado. Pero ahora empezarás a vivir, y si tú quieres... tendrás quien te acompañe, quien te ayude a olvidar todo este horror...

La señora Grosvenor murmuraba:

—Nadie podrá creerlo. No era una leyenda. Este infeliz era un lobo... nadie podrá creerlo...

Alzaron a Jane, para apartarla de allí. Andella dijo que iría a la ciudad en el coche, a buscar al Comisario.

—Los perros ya no son un peligro. Han vuelto a sus perreras —dijo.

Habían vuelto todos. Solo, en el centro del patio, estaba el lobo. Le vieron plantado, alzaba la cabeza y aullaba, mirando a la luna que había asomado por un momento entre la niebla.

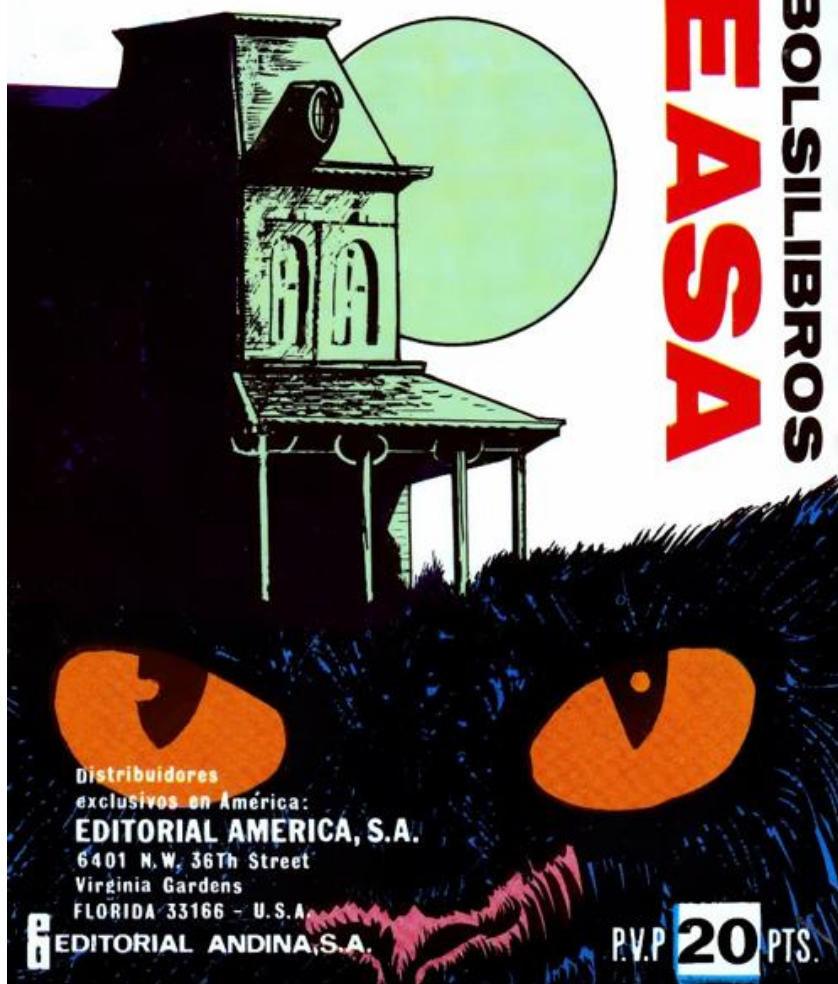
Aulló varias veces. Luego la niebla ocultó la luna y el lobo desapareció, como una sombra.

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.